



Enrique Gaspar

Atila

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Enrique Gaspar

Atila

Drama en tres actos y en verso

PERSONAJES:

ILDICO

MUJER 1.^a

ÍDEM 2.^a

ÍDEM 3.^a

ESCLAVA 1.^a

ÍDEM 2.^a

ÍDEM 3.^a

ÍDEM 4.^a

ATILA

PAPA LEÓN

ZERCÓN

ARDARICO

SOLDADO 1.^o

ÍDEM 2.^o

ÍDEM 3.^o

ÍDEM 4.^o y FLAVIO

ÍDEM 5.^o

VALAMIRO

VIDEMIRO

TEODOMIRO

UN ESCALDO

UN ARÚSPICE

UN HECHICERO

UN SACERDOTE

Senadores, sacerdotes, esclavos, coperos, soldados de varias hordas, etc., etc.

Año 453

Al señor don Federico Pascual y Pedro

Querido Federico: La situación de nuestra querida patria, la propensión que a levantar el espíritu se siente bajo este incomparable cielo de la Grecia y el aconsejarme tú que escribiera un drama histórico, me han sacado por esta vez del museo de anatomía donde me complazco en hacer la autopsia de nuestra sociedad.

Hace tiempo que tengo una deuda contraída contigo, y creo que para llenarla no hallaría ocasión más oportuna que esta en que, con la autoridad que con tu talento imprimes a tus palabras, has conseguido vaciar en un molde nuevo mis instintos literarios.

Acepta, por lo tanto, benévolamente la dedicatoria de este drama, sin olvidar que es mi primer ensayo en este género, y que si bien me expongo con mi inexperiencia a hacer partícipe de un mal éxito a tu nombre, en cambio no privo a tu acendrada amistad del derecho que la asiste a la primacía.

Te abraza tu invariable

Enrique.

Atenas 2/14 Setiembre 1873.

Apuntes para la ejecución de la obra,

tomados de Prisco: *Excepta de Legotionibus*, Jornandes: *De Rebus Gaticis*: Sidonio Apolinario: *Panegiricus de Avities*, un poema del siglo VI, titulado: *De prima expeditione Attila regis Hungarorum in Galias*, Ceclius Iuencus Culanus: *Vita Attila*, Callinacus Experiens: *De gesti Attila*, J. M. Barbieri: *La Guerra de Atila*, Le Beau: *Histoire de Bas Empire*, Herbert: *Atila*, poema inglés, y Amadeo Thierry: *Episodio de la Historia del siglo V*, *Atila*, publicados en la *Revue des deux mondes*, tomo 13 y 14, y fundados sobre

extractos de Prisco, que forma parte de la embajada de Teodosio II cerca de Atila, de las crónicas de Próspero de Aquitania, de la del visogodo Jornandes, de leyendas latinas, poemas teutónicos y traducciones húngaras.

Huir de la lánguida monotonía y de la irreverencia que caracteriza la tragedia del mismo título del gran Corneille, vencer la tentación de imitar la incomparable obra alemana de Werne, y producir un trabajo original en el que la verdad de la historia no infiera otro menoscabo que el puramente preciso a la unidad de la acción, he aquí el fin que me he propuesto. Los siguientes apuntes que transcribo para facilitar la ejecución de este drama, podrán servirme de justificación en algunos parajes.

Atila era de corta estatura, de cuerpo deforme; su cabeza grande, la nariz afilada, anchas las espaldas; rasgos todos que recordaban su origen mongólico. Andaba altivamente y su voz era fuerte y sonora: los reyes que le seguían declaraban que no podían soportar la majestad de su mirada. El jefe de los hunos se alababa de inspirar terror, y no gustaba de distinguirse en lo que se refería a su persona por la magnificencia aparente. Se alimentaba con carne casi cruda y miraba el pan como alimento indigno de los guerreros del Norte. Su mesa, platos y copas, eran de madera.

Bajo de talla y ancho de espaldas, cabeza gorda, ojos pequeños y hundidos, barba escasa, nariz aplastada, tez casi negra. Su cuello erguido, naturalmente hacia atrás y sus miradas, que paseaba en torno con inquietud y curiosidad, daban a su porte algo de fiero e imperioso. A la menor irritación contraía su rostro y sus ojos lanzaban llamas de cólera; los más resueltos no se atrevían a afrontarle. Sus palabras, lo mismo que sus actos, tenían un carácter de premeditado énfasis, con el que intentaba darles mayor efecto. No amenazaba sino aterrando: cuando devastaba, era más bien por el placer de destruir que por el afán de saqueo; cuando mataba lo hacía por dejar a los vivos el espectáculo de miles de cadáveres insepultos. No obstante, era afable para los que sabían someterse, blando en ocasiones al ruego, generoso con sus servidores y juez íntegro con sus vasallos. Sus vestidos sencillos y muy limpios; su alimento de carne, sin condimentos, que le servían en platos de madera. Frugal y modesto para sí, quería ver desplegar a su alrededor un gran lujo. Con la irascibilidad de calmuco, participaba de sus instintos brutales. Se embriagaba y codiciaba con pasión a las mujeres; todos los días tomaba una nueva esposa, y sus hijos formaban un pueblo. No tenía creencia religiosa, pero le acompañaban mágicos y agoreros, como los Chamanes o los Emperadores mongólicos.

Esta suposición hace que en 431, época de su expedición a las Galias, sus cabellos eran casi blancos.

El palacio del príncipe bárbaro, situado sobre una altura, dominaba todo el Burgo y atraía desde lejos las miradas por sus altas torres, que parecían desafiar al cielo. Designábase con el nombre de palacio un vasto cercado circular donde se veían varias moradas que eran las del rey, la de su esclava favorita Kerka, las de algunos de sus hijos y probablemente también el asilo de sus guardias. Un cercado de madera lo rodeaba, y estos edificios interiores eran también de madera. Situada en el centro, y sólo ella flanqueada por torres, la casa de Atila, estaba rodeada de grandes cercas admirablemente trabajadas y pulidas, y tan exactamente unidas entre sí, que parecían formar una sola pieza. La mansión de la reina, de arquitectura más ligera, pero más adornada, presentaba por todos sus lados relieves y esculturas que no carecían de gracia. Su techo reposaba sobre pilastras cuidadosamente cortadas a escuadra, entre las cuales reinaba un orden de cimbras de madera torneada, apoyadas sobre columnitas formando como el arquerío de una galería. La casa de Onegere (su ministro), se veía a poca distancia del palacio circunscrita, igualmente por una empalizada, y construida por el mismo estilo que la del rey, pero con más sencillez.

Los antiguos escitas, habitantes de las llanuras Pónticas, tenían por ídolo una espada desnuda, enterrada por la empuñadura en el suelo, del que sólo salía la punta de la hoja, y a la que llamaban la espada de Ares o Marte. Un boyero la encontró al ver a un ternero que se había herido con ella, y Atila la aprovechó para decir que Dios se la enviaba, tratando de justificar con esto el asesinato de su hermano Bleda, crimen que le procuró el dominio en toda la Barbaria.

Llamose hunos blancos a los que pertenecían a la rama oriental o del mar Caspio, y hunos negros (porque casi lo eran) a los de la rama occidental o de los montes Urales. Sábese por la historia que una parte de los hunos empleaba medios artificiales para dar a sus hijos la fisonomía mongólica, aplastándoles la nariz merced a unas tiras de lienzo muy apretadas y amarrándoles la cabeza de manera que se dilatasen los pómulos de las mejillas; deformación inspirada por el afán de aparecer individuos de aquella raza, que gozaba entonces de una gran consideración, y que dominadora de los hunos representaba la raza aristocrática. Atila tenía más bien este sello mongólico que el acraliano. Cazaban la marta, el oso y la zorra en los bosques de la Siberia y comerciaban con sus pieles en los mercados de madera establecidos a orillas del Volga y del Jaik, frecuentados por los traficantes de Persia y del imperio romano.

Amiano Marcelino, historiador y soldado, testigo de la primera aparición de los hunos en las orillas del Danubio, dice así: Sobrepujan a cuanto se puede imaginar de más bárbaro y salvaje. Hacen profundas incisiones con el hierro en las mejillas de sus hijos recién nacidos, a fin de que los pelos de la barba queden sepultados bajo las cicatrices; por consiguiente, conservan hasta la vejez la cara lisa y rala como la de los eunucos. Su cuerpo

rechoncho, con los miembros superiores enormes y una cabeza desmesuradamente gorda, les dan una apariencia monstruosa; parecen fieras de dos pies, a esas toscas figuras con que adornan los parapetos de los puentes.

No emplean para sus alimentos ni el fuego ni la condimentación. Raíces, plantas silvestres, carnes maceradas entre sus piernas y lomos de caballo, constituyen su alimento. Nunca manejan el arado. No habitan en casas ni cabañas, porque todo circuito de muro les parece un sepulcro, y no se creerían en seguridad bajo un asilo techado. Siempre errantes por montañas y bosques, cambiando de residencia perpetuamente, o mejor dicho, no teniéndola nunca, combaten desde la infancia todos los males, frío, hambre y sed. Sus ganados les siguen en sus emigraciones, llevando carretas en las que encierran a sus familias. En ellas las mujeres hilan y cosen los vestidos de los hombres; en ellas reciben las caricias de sus maridos, y en ellas dan a luz a sus hijos, que educan hasta la pubertad. Pregúnteseles de dónde vienen, dónde han sido concebidos, dónde nacieron; no os lo sabrán decir. Su traje consiste en una túnica de lino y una casaca compuesta de pieles de rata silvestre cosidas entre sí. La túnica es de color oscuro y se les pudre sobre el cuerpo, pues no se la mudan hasta desecharla. Un casco aplastado y las piernas vellosas envueltas en pieles de macho cabrío, completan el traje. Su calzado, sin forma ni medida, les molesta hasta el punto de impedirles andar con lo que apenas pueden combatir como infantes, mientras que jinetes parecen enclavados en sus pequeños caballos, feos, sí, pero infatigables y rápidos como el relámpago. Pasan su vida a caballo, ya a horcajadas, ya a mujeriegas. A caballo tienen sus asambleas, sobre ellos compran y venden, comen y beben y hasta duermen, inclinados sobre el cuello de sus monturas. En las batallas se precipitan sin orden ni plan, bajo el impulso de sus diversos jefes, y caen sobre el enemigo lanzando gritos espantosos. Si encuentran resistencia se dispersan para volver con la misma rapidez, empujándolo y derribándolo todo a su paso. No saben, sin embargo, escalar una plaza ni asaltar un campo atrincherado. Nada iguala la habilidad con que a distancias prodigiosas lanzan sus flechas, armadas de huesos puntiagudos tan duros y mortíferos como el hierro. Combaten de cerca con una espada que llevan en una mano y en la otra una red, con la que envuelven a su enemigo ocupado en parar sus golpes. Los hunos son inconstantes, sin fe; variables a todos los vientos, se abandonan y se consagran a la furia del momento. No tienen más idea que el fruto de lo que sea el honor. Su idioma es oscuro y abunda en metáforas. Tocante a religión no tienen ninguna o por lo menos no practican culto alguno. Su pasión dominante es el oro.

Entre las hordas de Atila, se distinguía el Asia por ser sus representantes los más repugnantes y feroces, el huno negro y el ocatriza, provisto de su largo carcax; el alano armado con su enorme lanza y su coraza de hojas de cuerno; el nuno, el bellonote, el gelón pintarrajeado e inciso, que tenía por arma una guadaña y por vestido una casaca de piel humana. De las llanuras Sármatas habían venido las tribus en sus carros tirados por bueyes; estas tribus eslavas y medio asiáticas, sus individuos se parecían a los germanos por el armamento, a los escitas por las costumbres, y eran polígamos como los hunos. La Germanía había enviado a sus hijos, que vivían en las más apartadas regiones, hacia el Oeste y el Norte. El kujo de las orillas del Oder y del Vístula, nombres entonces oscuros, pero que pronto debían cesar de serlo. Iban armados de su escudo redondo y de la espada

corta de los escandinavos. Se veía también el hérulo, rápido en la carrera, invencible en el combate, pero cuya crueldad le hacían ser el terror de los otros germanos, quienes concluyeron por exterminarle. El ostrogodo y el gépida no faltaron al llamamiento; allí estaban con su pesada infantería, tan temida de los romanos. El rey Ondarico mandaba los gépidas. El rey Palamiro con sus hermanos Teodomiro y Videmiro, todos tres de la sangre de los Amales, mandaban los ostrogodos.

Soberbias copas de plata, magníficas pieles teñidas de brillante púrpura, la preciosa pimienta de la India, los dátiles y otras frutas secas que los bárbaros apreciaban mucho, fueron presentes ofrecidos a una viuda de Bleda por la embajada romana. El papa León, con los senadores Genadio, Avieno, descendiente de Valerio Cervino, y Trigetius, formaron la embajada que detuvo a Atila en su marcha sobre Roma, y la paz se convino el día 6 de julio, octava de los apóstoles San Pedro y San Pablo, cerca de Mantua, en el confluente del Po y del Mincio. Los negociadores se presentan con las insignias de su más alta dignidad. La historia nos dice que León había revestido sus vestiduras pontificales, y una revelación de la tumba nos ha hecho conocer en qué consistía este traje. León llevaba una mitra de seda con brocado de oro, redondeada a la manera oriental, y encima de su dalmática una larga capa o polliura de púrpura oscura adornada de una pequeña cruz roja sobre el hombro derecho y de otra más grande al lado izquierdo del pecho.

El moro Zercón era enano, jorobado, tartamudo, idiota. Los africanos lo habían regalado al general romano Aspar, quien lo perdió en Tracia; luego lo tuvo Bleda, después pasó a Atila, éste lo regaló al patricio Ecio, quien se lo devolvió a Aspar. Acompañaban al rey poetas hunos y escaldos godos. En su bandera figuraba el ave astor.

Imagínese bajo una tienda tártara plantada en medio de las llanuras de la Campania y al lúgubre resplandor de las antorchas la representación de las temerosas ceremonias inspiradas por las supersticiones todas del Norte de Europa y Asia. Al sacrificador ostrogodo o rujo con sus manos metidas en las entrañas de una víctima, observando sus palpitations; al sacerdote alano arrollando en un lienzo blanco sus varillas mágicas, en el entrelazamiento de las cuales veía signos proféticos; al hechicero de los hunos blancos evocando los espíritus de los muertos al son del tambor mágico, y girando sobre sí mismo con la rapidez de una rueda hasta caer rendido y con la boca espumante en la inmovilidad de la catalepsia, y en el fondo de la tienda a Atila, sentado sobre su escabel espiando las convulsiones, recogiendo los menores gritos de estos intérpretes del infierno. También tenían otra superstición, que consistía en despojar de la carne los huesos de las víctimas que se querían consultar, y expuestos al fuego, se establecían los pronósticos por la dirección de las venas o fisuras de la sustancia huesosa. Para ello tenían un ritual cuyas reglas se asemejaban a las de los arúspices romanos.

Como bebidas se conocían el Medos y el Camos. La sala del festín era una gran pieza oblonga con asientos y pequeñas mesas alrededor separadas entre sí, y a cada una de las cuales podían sentarse cuatro y cinco personas. En medio se elevaba un estrado que sostenía la mesa de Atila y su lecho. Detrás, y a poca distancia, había otro lecho adornado como el primero de lienzos blancos y de tapices multicolores parecidos ambos a los thalamos usados en Grecia y Roma para las ceremonias nupciales. Un copero, con la copa siempre llena, se situaba detrás de cada asistente al fin de cada servicio. Los servidores colocaban sobre la mesa platos cargados de manjares. En la de Atila sólo ponían carne en platos de madera, y su copa era de la misma materia, mientras que a los convidados se les servía en vajilla de plata y oro. Éstos tomaban a su antojo de los platos que tenían delante sin poder extenderse a los otros.

¿Quién era Ildico o Hildegonda?

La tradición germana hace de ella la hija de un rey tan pronto franco del Ultra-Rhin, como de los burgonolas. La tradición húngara la llama Mikolsz, y la da por padre un príncipe de los bactrios; y lo que parece confirmar históricamente las indicaciones de la poesía tradicional, es la solemnidad misma de esta boda, celebrada con tanta pompa y tan diferentemente del clandestino matrimonio que Atila contrajo en 449 con la hija de Eslam. La tradición germánica, añade que Atila había matado en otro tiempo a los padres de esta joven, a quien llamaba ahora a su lecho para apoderarse de todos sus tesoros. Esta clase de matrimonios en que la política se mezclaba a la licencia de las costumbres, no era rara entre los hunos y los mongoles sus hermanos; pero estos usos salvajes ajenos a la raza germánica, en la que las mujeres gozaban de gran autoridad moral derivada de sus antiguas creencias religiosas, no debían encontrar de su parte la misma docilidad que de parte de las mujeres del Asia, casi reducidas a la esclavitud. Sea de ello lo que fuere, este segundo dato de la tradición no debe ser desatendido, pues lanza un rayo luminoso sobre los misterios de esta sangrienta ceremonia nupcial. ¿Qué pasó en aquella noche fatal?

Los rumores que sobre el suceso circularon fuera del palacio fueron diversos y contradictorios; pero el mismo cuidado que pusieron los jefes de los hunos en probar que la muerte de su rey había sido natural, acreditó una versión más siniestra: se pretendió que Ildico había asesinado a su esposo dormido.

Acto primero

El campo ambuleo en el confluente del Po y del Mincio. Vista de Mantua sobre el fondo derecha. Los primeros términos ocupados por carretas sármatas, en las que acampan las mujeres y los hijos de las hordas hunas. Arneses, escalas y pertrechos de guerra en todas direcciones. Este panorama se repite indefinidamente aumentando en lontananza con

tiendas de estilo tártaro entre las que pacen las bestias del equipo y los ganados de los ejércitos nómadas de Atila.

Escena I

Mujeres confeccionando trajes dentro de las carretas, SOLDADOS HUMOS y ESCLAVOS procedentes de la toma de Aquilea, que aquellos se distribuyen.

SOLDADO 1.º

¡Mucho esta turba vocea!

(Tratando de sofocar los lamentos de las esclavas.)

LOS ESCLAVOS

¡La muerte!

SOLDADO 1.º

¡Basta!

LOS ESCLAVOS

¡La muerte!

SOLDADO 2.º

(Amenazándolas.) Callad, o sufrís la suerte

de los muros de Aquilea.

ESCLAVA 1.^a

¡Mi hijo!

ESCLAVA 2.^a

¡Mi esposo!

ESCLAVA 3.^a

¡Mi hermano!

5

VARIOS ESCLAVOS

¡Nuestra patria!

OTROS

¡Nuestro hogar!

SOLDADO 1.º

Fuerza es hacerles callar

con el peso de la mano.

(Golpeando a los esclavos, que quedan confundidos.)

SOLDADO 3.º

¡Parece que el ruido amengua!

SOLDADO 1.º

Pues si otra vez se declara

10

para azotarles la cara

nos valdremos de su lengua.

MUJER 1.ª

¿Son cautivas?

SOLDADO 2.º

Sí lo son.

MUJER 2.ª

Mezquino anduvo el botín.

SOLDADO 3.º

Y aun suerte ha sido que al fin

15

nos tocara esta porción.

Los gépidas y ostrogodos

que atacaron la derecha

han sacado de la brecha...

una esclava para todos.
20

MUJER 1.^a
¿Acaso hallasteis desiertas

de mujeres las moradas?

SOLDADO 2.^o
¡Qué desiertas! Atestadas.

MUJER 2.^a
¿Pues dónde están?

SOLDADO 1.^o
Allí, muertas.

Luchó el mujeriego bando
25

con tal bravura, que entiendo

que juraron ir muriendo

a condición de ir matando.

MUJER 3.^a
¿Y qué es de Aquilea?

SOLDADO 1.^o
Fue.

MUJER 1.^a
Yo al pasar ni escombros vi.
30

SOLDADO 1.^o
Sábese que estuvo allí

por la ausencia que se ve;

pues cuando el huno su planta

en tierra enemiga oculta,

todo al pasar lo sepulta

35

con el polvo que levanta.

¡Al reparto!

LOS SOLDADOS

¡Bien! (Con gritos de placer.)

SOLDADO 1.º

La empresa

fácil es y breve el trance;

cuatro son ellas: que avance

todo el que reclame presa.

40

Esta... (Sacando a la ESCLAVA 2.ª)

ESCLAVA 2.ª

Perdón.

(El SOLDADO 1.º la amenaza.)

SOLDADO 3.º

Yo la pido.

SOLDADO 1.º

¿La obtuviste brazo a brazo?

SOLDADO 3.º

Maté al padre de un hachazo

y de otro hachazo al marido.

SOLDADO 1.º

La has ganado en buena ley.

45

(Se la entrega al SOLDADO 3.º, que la hace subir en una de las carretas.)

OTRA

(Tomando la ESCLAVA 3.ª)

¿A quién?

SOLDADO 2.º

Me amparo de ella.

Ven, matrona.

ESCLAVA 3.ª

(Con altivez.) ¡Soy doncella!

SOLDADO 1.º

Nadie la toque. Es del Rey.

(Varios SOLDADOS se la llevan.)

¿Quién reclama su derecho?

SOLDADO 4.º

(Sacando a la ESCLAVA 1.ª)

Yo, que di fuego a su hogar

50

después de al hijo amarrar

contra un poste de su lecho.

SOLDADO 5.º

Sí; pero en lucha reñida

su vida salvó mi clava,

y él juró darme esa esclava

55

como precio de su vida.

SOLDADO 1.º

¿Lo juraste?

SOLDADO 4.º

Puede ser.

Mas quebrantarlo es mi intento;

si razón da el juramento,

da caricias la mujer.

60

Sígueme.

(Haciendo subir en un carro a la ESCLAVA 1.^a)

SOLDADO 5.º

Te reto a juicio.

SOLDADO 4.º

Que él decida nuestra suerte.

SOLDADO 1.º

¡Hermosa faz! ¡Ven! (Sacando a la ESCLAVA 4.^a)

SOLDADO 2.º

Advierte

que hace poco en mi perjuicio

al Rey mi esclava cediste,
65

y se me debe una presa.

SOLDADO 5.º
Otra reclama, porque esa

tú conquistarla me viste.

SOLDADO 2.º
¡No salgo vivo de aquí

sin llevarme a esa mujer!
70

SOLDADO 1.º
Muerto entonces ha de ser,

pues la guardo para mí.

SOLDADO 2.º
¡Hermano! ¿En sangre querrás

que se bañen nuestros senos?

SOLDADO 1.º
¡Qué importa un hermano menos
75

en cambio de un beso más!

SOLDADO 2.º
¡La lengua a cortarte voy!

(Acometiéndole con la espada desnuda.)

SOLDADO 1

Y yo a cercen la cabeza. (Sacando la suya.)

SOLDADO 2.º

¡Toma, infame! (Dándole un golpe en vago.)

SOLDADO 1.º

La torpeza

se paga así. (Hiriéndole.)

SOLDADO 2.º

¡Muerto soy!

80

(Cae. Varios SOLDADOS lo retiran.)

SOLDADO 1.º

Todo el hierro lo concilia.

SOLDADO 5.º

Yo a juicio te haré llamar.

SOLDADO 1.º

Sube a ese carro; es tu hogar; (A la ESCLAVA.)

agrégate a mi familia.

(Óyese gran algazara en el fondo.)

Pero esos gritos, ¿qué son?

85

(Escalan todos las carretas para ver.)

MUJER 1.º

La turba invade el camino.

MUJER 2.º

Ya llegan.

MUJER 3.º

¡Es el albino!

MUJER 1.^a
¡Zercón es!

TODOS
¡Viva Zercón!

Escena II

DICHOS y ZERCÓN, con los ojos siempre entornados, como albino a quien ofende la luz del día, guedejas blancas y cierta apariencia de idiotismo.

SOLDADO 5.º
¡Cegato! ¿De cuándo acá? (Todos le zarandean.)

SOLDADO 4.º
Desde ayer las tiendas corre.
90

SOLDADO 3.º
Con esos pelos de topo

tan hábil la edad esconde,

que no me explico si al campo

vuelve más viejo o más joven.

ZERCÓN
Dicha y pesar, que no canas,
95

años quitan y años ponen,

que el reír hincha el pellejo

mientras que el llorar lo encoje.

SOLDADO 1.º

Pues si es verdad tu sentencia

yo debo estar hecho un odre.

100

ZERCÓN

¿Quién eres tú?

SOLDADO 4.º

¿No lo ves?

SOLDADO 1.º

Con luz no distingue un monte,

mas no hay gato que con él

se las ponga a ver de noche.

SOLDADO 3.º

Toda su raza es lo mismo.

105

SOLDADO 1.º

Ya que mi voz no conoces,

vamos a ver si mi puño

te sabe decir mi nombre. (Le golpea.)

ZERCÓN

Escam te llamas. (Todos ríen.)

SOLDADO 3.º

Por vida,

que acertó.

ZERCÓN

Conozco el golpe.

110

SOLDADO 5.º

Larga fue la ausencia.

ZERCÓN

Larga.

SOLDADO 1.º

Y en verdad que desde entonces

las carcajadas del Rey

no hay enano que provoque.

¿En dónde estuviste?

ZERCÓN

En Tracia.

115

Desde allí pasé al Etiope,

crucé el Nilo, subí a Libia,

y de Mauritania, al choque

del remo, cortando Gades

entre jardines y bosques,

120

gané la Iberia y las Galias

y entré en Roma.

SOLDADO 1.º

¿Esclavo?

ZERCÓN

Y pobre.

SOLDADO 3.º

¿Viste ya a Atila?

ZERCÓN

Le vi.

SOLDADO 5.º

¿Te habrá colmado de dones

para que así a Roma dejes
125

y al nómada campo tornes?

ZERCÓN

Beber en su regia copa

me ha ofrecido ante la corte

cuando triunfante a Etzelburgo

regrese con sus legiones.
130

SOLDADO 4.º

¡Grande honor!

SOLDADO 3.º

Digno de Césares.

SOLDADO 1.º

¡Y que a un parásito otorgue

merced que niega a un soldado!

ZERCÓN

No envidioso me reproches,

que si el parásito sube,
135

sube degradando al hombre.

SOLDADO 1.º

Mas bebes vino y yo no.

ZERCÓN

Tú bebes gloria y honores,

que no hay crimen que lo sea

como victoria se nombre.
140

SOLDADO 3.º

¿Quién a Mantua te condujo?

ZERCÓN

Escolta de embajadores

diome el gran Valentiniano.

SOLDADO 4.º

Si al mensaje así responde

con que tu rescate Atila
145

al emperador propone,

paz anuncia la embajada

de la señora del Orbe.

SOLDADO 1.º

De su dignidad la insignia

el Papa y los senadores
150

vistiéndose están, y en breve,

perdón demandando a voces

al Occidente veréis

de rodillas ante el Norte.

SOLDADO 4.º

Debemos ir sobre Roma,
155

que impotente a nuestro choque,

la sed de oro, sangre y besos

saciará de las cohortes.

SOLDADO 5.º

Así Atila lo desea;

mas si Ardarico se opone...
160

ZERCÓN

¿Quién es Ardarico?

SOLDADO 1.º

El rey

de los Gépidas. Un hombre

que como crecen las plantas

en la espesura del bosque,

en nuestras huestes brotó
165

sin saber cuándo ni dónde.

Madre llama a su bandera,

son las armas sus amores,

y es en el ataque rayo

siendo en la defensa torre:
170

si él sentencia, el Rey admira;

si él aconseja, el Rey oye;

vence el Rey cuando él combate,

y él y el Rey fundidos corren.

ZERCÓN
¿Es ya vetusto?

SOLDADO 3.º
Un rapaz;

175

pero fuerte como un roble.

ZERCÓN

¿Y Atila no teme acaso

que su prestigio le robe?

SOLDADO 1.º

Temer no puede quien lleva

con su bravura su nombre,
180

que si el mundo dio un Atila

para dos el mundo es pobre.

(Óyense bocinas y cuernos acompañados de unos alaridos salvajes con que el pueblo saluda a su Rey.)

SOLDADO 5.º

Él se acerca.

VOCES

(Dentro.) ¡Plaza al Rey!

SOLDADO 1.º

A recibir se dispone

sin duda aquí a la embajada.
185

Pues grandes y sacerdotes

le siguen. A nuestro puesto. (A los SOLDADOS.)

VOCES

(Dentro.) ¡Plaza al Rey!

ZERCÓN

(Aparte y levantando los ojos al cielo.) Señor, acórreme.

Escena III

LOS MISMOS y SOLDADOS ACATRIRAS, ALANOS, GELONES y HÉRULOS, GÉPIDOS y demás hordas precediendo a ATILA. Éste entra a caballo rodeado de ARDARICO, VALAMIRO, THEODOMIRO y VIDEMIRO, reyes de los Gépidas y Ostrogodos, y seguidos de sacrificadores, rujos, sacerdotes alanos y hechiceros de los hunos blancos. Los hunos negros cierran la marcha.

ATILA

(Desmontándose.) Monarcas, sacerdotes y soldados;

tribus los de las sármatas llanuras;
190

gelones, que con miembros mutilados

forjáis vuestras humanas vestiduras;

gépidos y ostrogodos, cuyo empuje

los campos cataláunicos aún temen;

rujos, a cuyo paso el suelo cruje
195

rompiendo el cauce en que le oprime el Niemen;

hérulos, que en rugido pavoroso

vuestros brutos lanzáis a la carrera

como si al dardo del corcel brioso

arco tendido el entusiasmo fuera;
200

neuros, hunos, alanos y acatirras,

habitantes del Vístula y del Duna,

hueste invencible que a mi impulso giras

sobre el eje veloz de la fortuna;

de guerra el grito en el espacio truene;
205

mas piensa bien que en el festín sangriento

el hijo de Manzuca a pedir viene

los escombros del mundo por asiento.

VALAMIRO

¡Vuelen a conquistarle mis legiones!

VIDEMIRO

¡Ya de exterminio con la sed batallo!
210

TEODOMIRO

¡La tierra barrerán mis escuadrones,

quemando el polvo con su ardiente callo!

ARDARICO

Nuestro bélico ardor, que al rostro asoma,

ya enrojece y dilata la pupila.

Traza el rumbo.

ATILA

Del orbe dueña es Roma.

215

Sea, pues, Roma pedestal de Atila.

(Movimiento general de repulsión.)

¡La frente hundís! ¿Qué fue de aquel denuedo?

trocad la cota en mujeriego manto;

llorad: do acaba el hombre con el miedo

a mujer da principio con el llanto.

220

Si la altura del muro halláis inmensa,

buscad la del reptil hedionda tumba:

el que muere con gloria sólo piensa

que al caer de más alto más retumba.

ARDARICO

Ni es el pavor quien enmudece el labio

225

ni ante la muerte nuestra fe vacila,

ni al ver que alienta quien lanzó el agravio

dudarse puede que infiriole Atila:

clavar la rueda de tu carro exige

nuestra propia salud.

ATILA

Yo haré que ceje

230

si mi esfuerzo gigante es quien lo rige

aunque echéis mis conquistas sobre el eje.

ARDARICO

Blanda la rienda, el anchuroso llano

entregará a su vértigo el auriga;

mas no ante el foro rendirá la mano

235

al frenético ardor de mi cuadriga.

Ya de Oriente el ejército aguerrido

puebla los Alpes, y sus huestes alía

para impedirte el paso, si vencido

Roma te obliga a trasponer la Italia.
240

Y ¡ay del Norte y de ti si allí inhumano

venganza el odio de Marciano toma!

ATILA
Si teméis ser vencidos por Marciano

los Alpes evitad venciendo en Roma.

ARDARICO
¿Quién la superstición de tus soldados
245

bastara a contener? Nunca Ardarico

escalará los muros que inspirados

predijeron la muerte de Alarico;

el hombre contra el hado es impotente,

yo a sus designios mi bravura inmoló.
250

ATILA
Probarte quiero que tu lengua miente.

¡A Roma! (Todos callan.) No ha mentido. Iré yo solo.

(Con grito feroz. Movimiento de reacción en los soldados.)

Al César rogaré que con su planta

me humille, haciendo de fiereza alardes,

y entregaré al cuchillo mi garganta
255

prefiriendo verdugos a cobardes.

Mi pueblo imbécil, gritaré iracundo,

ante un madero en cruz tiembla y vacila,

temiendo que al llamarme rey del mundo

pueda más grande ser que lo es Atila.
260

Buscad, pobres ovejas los rediles;

no merecéis de mi furor el precio:

yo os abandono como a insectos viles,

que si al pasar no aplasto los desprecio.

Cautivo partiré con la embajada,
265

mas antes de ceñir los férreos lazos,

a vuestros ojos romperé mi espada

y os dejaré mi honor en sus pedazos,

pues yendo solo, mi podrida escoria

sarcófago hallará cuando sucumba;
270

mas con mi acero no, porque es mi gloria,

y mi gloria no cabe en una tumba.

ARDARICO

Tregua a tus iras da.

ATILA

Vano es tu ruego.

VALAMIRO

El enojo depón.

ATILA

Nunca he sabido.

TEODOMIRO

Tu perdón imploramos.

ATILA

Yo os le niego.

275

VIDEMIRO

Decreta nuestra muerte.

ATILA

No; mi olvido.

TEODOMIRO

A nuestros ayes ven.

ATILA

Son importunos.

ARDARICO
(Como poseído de una idea.)

Brillará tu clemencia.

ATILA
No lo aguardes.

ARDARICO
(Excitando a los soldados.)

¡A Roma!

TODOS
(Con entusiasmo.) ¡A Roma!

ATILA
(Con alegría.) ¿A Roma? ¡Son mis hunos!

¡No han tenido valor de ser cobardes!
280

Corramos, y del sol a las miradas

nubes siendo las ricas cabelleras,

refrescará el calor de las jornadas

el crujiente ondular de las banderas.

La espada de Mavorte rutilante
285

del azote de Dios el brazo guía,

y a saciar sobre el mundo agonizante

todo el odio del tiempo va en un día.

Dadme un festín de honor; sangre, mujeres;

que os vea yo asomado a mi venganza
290

en la embriaguez del oro y los placeres

disipar el pillaje y la matanza.

(Se oyen cuernos y bocinas.)

Esos que el aire pueblan roncousones

nuncios del Papa son: llegue ese anciano

y el trono de los Galbas y Nerones
295

crujir sienta a sus pies Valentiniano.

Del Eúfrates al Ródano altanera

abarcó la distancia mi pupila,

mas hoy os juro que por vez primera

digno me siento de llamarme Atila.
300

Escena IV

DICHOS, el PAPA LEÓN y los SENADORES, con las insignias de su dignidad, séquito de la embajada, que deposita a los pies de ATILA copas de oro y plata, pieles teñidas de púrpura y vasos preciosos encerrando gomas y frutas.

LEÓN

En el nombre de Dios y en el de Roma

al Rey salud.

ATILA

Salud a la embajada.

LEÓN

De Arabia acepta la adorante goma

que en pérsicos tapices derramada

pongo a tus pies; el que al topacio afrenta,
305

dátil dorado que en Anatolia abunda,

y en argentados copos la pimienta

que al calor de las Indias se fecunda.

Del trono en mí la majestad reside,

y aunque a su peso oscilo y me confundo,
310

mi labio, Atila, con la paz te pide

de la eterna ciudad, la paz del mundo.

A levantar el yugo de tu mano

de triple ruego con la voz te obligo,

que embajador, pontífice y romano
315

pueblo, César y Dios vienen conmigo.

ATILA

Para extinguir la luz del sol brillante,

para hacer que el torrente el rumbo tuerza,

para domar mi espíritu gigante,

ni Dios, ni rey, ni pueblo tienen fuerza.
320

A Roma iré; mas si a mi ley precisa

tu ejército se opone, le haré escombros

y llegaré a sus muros más de prisa

de la victoria cabalgando en hombros.

LEÓN

La cruz que en su recinto se levanta,
325

enseña del nacido en un establo,

te impedirá que huelles con tu planta

la tumba de San Pedro y de San Pablo.

ATILA
Nunca.

LEÓN
A tus pies mi dignidad arrojó. (Inclinándose.)

¡La paz!

ATILA
La guerra a ti y al mundo entero.
330

LEÓN
Teme de Dios el implacable enojo.

ATILA
Que venga ese impostor; aquí le espero.

LEÓN
¡Impío! No prosigas, ten el labio.

ATILA
Si a afrontar no se atreve mi presencia,

yo volaré a su encuentro con mi agravio.
335

Dime: ¿Dónde está Dios?

LEÓN
(Inspirado.) En tu conciencia.

ATILA
¿Qué dices?

LEÓN
Cuando en noche misteriosa

todo rumor ante las sombras calla

y tu intranquila frente se reposa

sobre el ferrado arnés de la batalla,
340

¿mil espectros no ves que en raudo giro

de las entrañas suben de la tierra,

con prolongado y lúgubre suspiro

al sueño que te abruma haciendo guerra?

El anciano y el niño que a raudales
345

su sangre vierten, son a tus miradas

crepúsculos de horror ante los cuales

pasean su exterminio las jornadas.

Allí el mancebo, a quien por ancha herida

tiende la parca miserable acecho,
350

va entregando por átomos la vida

al piafar de un corcel sobre su pecho;

allí junto a doncella inanimada

que al salvar el honor sucumbe inerte,

vese a Atila con mano despiadada
355

robando sus secretos a la muerte.

ATILA

No me espanta del crimen la quimera,

que es volverlo a cumplir el recordarlo;

y cien veces y cien lo cometiera

por la sola delicia de soñarlo.
360

LEÓN

(Aparte hasta el fin.)

(Y entre tantos ensueños de ventura

el eco de una voz no te intimida

que con doliente acento de amargura

te despierta gritando: «¿Fratricida?»)

ATILA

¡Ah! (Retrocediendo con horror.)

LEÓN

Entonces, dominando tus enojos,
365

los párpados oprimes con violencia;

mas borras el fantasma de tus ojos

y vuelve a reflejarse en tu conciencia.

ATILA
¡Calla!

LEÓN
De Dios la omnipotente mano

de esas visiones el concierto guía,
370

y el cadáver te arroja de tu hermano

en todo el esplendor de su agonía.

Desceñidos los hombros de la cota

Bleda avanza al compás de sus lamentos

recogiendo su sangre gota a gota,
375

hasta dejar tu trono sin cimientos;

y de tu vil corona los pedazos

lanzándote a la faz...

ATILA

¡Tu labio cese!

LEÓN

Iracundo te abarca con sus brazos.

ATILA

Y la muerte me da... ¡Mi sueño es ese! (Aterrado.)

380

LEÓN

Y a merced tus despojos de los vientos

corren cual hojas de marchita hiedra

a esparcir por el monte sus fragmentos

chocando con fragor de piedra en piedra,

en tanto que con hórrido graznido

385

los buitres carniceros se desploman,

y los canes famélicos al ruido

del rasgar de los músculos asoman;

y en salvaje banquete congregados,

o anuncian con estrépito su empresa

390

o al hedor de la sangre aletargados,

parecen dormitar sobre su presa;

hasta que el ronco triturar del diente

y de la garra el estridor depuestos,

desnudo cual parásito indigente
395

sale el gusano a devorar restos.

ATILA
¡Calla, calla!

LEÓN
Ese es Dios, de quien blasfemas.

ATILA
¡Piedad!

LEÓN
Él solo que tu instinto doma.

ATILA
¡Libértame de ti!

LEÓN
Mi voz no temas.

Yo te conduciré. ¡Vamos a Roma! (Retándole.)
400

ATILA
¿Qué haré yo por ahogar tu acento rudo?

LEÓN
A abandonar la Italia te sentencio.

ATILA
¿Y callará tu labio?

LEÓN
Será mudo.

ATILA

Pues bien, tuya es la paz, dame el silencio.

(Tomando reposo después de la lucha que ha sostenido. Gran pausa.)

Al César dile que en su trono Atila
405

(Alto y con violencia.)

ceñir le deja la imperial corona,

que si es grande el enojo que destila

su lástima es mayor, y le perdona

(Alegría en los soldados.)

No quiero que mi ejército aguerrido

en su pesada atmósfera se vicie,
410

y que nació soldado dé al olvido,

al calor del deleite y la molicie.

Por símbolo de paz mis brazos toma.

LEÓN

Dios al monarca y a su pueblo guarde.

ATILA

(¡Dormido me venciste! Vete a Roma,
415

que puedo despertar.) (Aparte a LEÓN al abrazarle.)

LEÓN

(¡Atila, es tarde!)

(Vase el papa LEÓN con todo su séquito.)

Escena V

DICHOS, menos LEÓN y su séquito.

ATILA

(¡Es tarde! ¿Sí? ¿Qué se hicieron

mi bravura y mi pujanza?

O están muertos o se esconden

en los pliegues de la rabia.

420

Acero triunfante en Grecia,

bélico autor en las Galias,

mano señora del mundo,

nombre de Atila que espanta,

no eres ya mi acero, -quita,

425

no es este mi ardor, -me engañas;

no es mía esta mano, -mientes,

tú no eres Atila, -aparta.)

ARDARICO

¿Por qué triste y abatido

la frente doblas?

ATILA

Soñaba

430

que es ilusión la grandeza

y a una ilusión otra mata;

el aire disipa el humo

y ambos son quimera vana.

¡A mí nadie me venció

435

y he sucumbido a la nada!

ARDARICO

No te entiendo.

ATILA

Ya me entiende

mi propia vergüenza, y basta.

ARDARICO

¿Abres hoy el juicio?

ATILA

Al punto:

pero tiemblen mi venganza,
440

que implacable es la sentencia

del reo que en juez se cambia.

(Siéntase sobre unos escombros.)

ARDARICO

Audiencia da el Rey, llegad. (Llamando.)

SOLDADO 5.º

Justicia a mis quejas. (Seguido de los SOLDADOS 4.º y 1.º)

ATILA

Habla.

SOLDADO 5.º

De su vida este soldado
445

me ofreció en canje una esclava,

y hoy me la niega después

de jurarlo por tu espada.

ATILA

¿Lo juraste?

SOLDADO 4.º

Dio un botín

harto mezquino la plaza.

450

ATILA

¿Lo juraste? (Amenazador.)

SOLDADO 4.º

(Temeroso.) Sí.

ATILA

Pues muere.

SOLDADO 4.º

(¡Siempre feroz!) (Aparte.)

ATILA

Sobre un aspa

clavad su cuerpo, y del Mincio

busque refugio en las aguas.

SOLDADO 4.º

¿Olvidaste que, aún rapaz,

455

puse en tus manos la clava,

que en el corcel te hice diestro

y que mi amigo te llamas?

ATILA

Inflexible es la justicia,

tú perjuro te declaras,

460

yo te condeno y te lloro.

Toma... (Abrazándole.) y muere.

SOLDADO 4.º

¡Atila! (Rechazándole.)

ATILA

Basta. (Imperiosamente.)

Otro avance.

SOLDADO 5.º

En el reparto

una presa adjudicada

éste guardó para sí. (Señalando al SOLDADO 1.º)
465

ATILA

¿La ganaste en la batalla?

SOLDADO 1.º

No.

ATILA

Pues devuélvela al dueño

que la cautiva reclama.

SOLDADO 5.º

Es ya tarde, en su furor

dejole muerto a sus plantas.
470

ATILA

Pues de cabeza arrojadle

desde la torre de Mantua.

SOLDADO 5.º

Ese castigo es honroso

para el crimen que te mancha.

¡Es fratricida!

ATILA

¿Qué dices? (Retrocediendo.)

475

¡Fratricida!

SOLDADO 1.º

Algunos se hallan (Con intención a ATILA.)

que viven y que en los otros

sentencian su propia causa.

¡Júzgame tú!

ATILA

¿Yo? ¡No puedo!

(Cubriéndose el rostro con las manos.)

ARDARICO

¿Vas a otorgarle tu gracia?

480

ATILA

No. Le condeno a vivir,

que es una muerte más larga.

Parte, al reposo te entrego (Al SOLDADO 1.º)

y con la noche batalla:

el castigo que hoy te impongo
485

es perdonarte mañana.

¡Hunos! A ganar volvamos

del Ister la Orilla helada;

mas con el pecho al pasar

id empujando a la Italia,
490

entre Roma y Etzelburgo

fuerza es barrer la distancia:

yo quiero que verse puedan

sin que se lo estorbe nada.

¡Mi caballo! De partir
495

haced la señal.

ILDICO

(Apareciendo.) ¡Aguarda!

(Deteniéndole al ir a montar.)

ARDARICO

¡Hermosa mujer! (A ATILA.)

ATILA
(Extasiado.) ¡Hermosa!

¿Qué quieres?

ILDICO
 Que escuches...

ATILA
 Habla.

Escena VI

LOS MISMOS e ILDICO.

ILDICO
Limitando un confín del ancho mundo

la tierra una región esconde avara
500

a cuyo lado el seno más fecundo

con cuidado solícito depara.

Sirve a César y Flora de palacio,

de estrecharla orgullosa él más se engríe

y hasta el sol cuando asoma en el espacio,
505

-Mi España- grita al verla y se sonrío:

allí el Betis en plácido embeleso

las playas acaricia a su albedrío;

mas Hespalis gentil le roba un beso

y trémulo a sus pies tiritita el río.
510

Pues en ese jardín que el Betis baña

Ilidico vio del sol la luz primera;

callo al decirte que nací en España,

que es mi culto el honor; la honra es ibera.

ATILA

(Aparte.) (A mis ojos la presta nuevo encanto
515

de su lenguaje audaz la bizarría.)

ARDARICO

(Aparte.) (Lucha mi corazón entre el quebranto

y el placer. Si es amor, yo la haré mía.)

ILDICO

Allí los años de la infancia pura

para llenarme de ilusión y galas
520

cernieron sobre mí desde su altura

los pintados matices de sus alas;

pero del cuarto lustro al rumor lento

ceñí el manto, hasta entonces desprendido,

al mirar que con loco atrevimiento
525

por el amor llegaba conducido:

y dejando a su voz la patria bella

para abrir mi destino a la desgracia,

el bajel que mi planta hirió doncella

esposa y madre me arrojó en la Tracia,
530

do en brazos de la dicha los instantes

vio trascurrir en éxtasis mi anhelo

llevando las miradas delirantes

del padre al hijo y de los dos al cielo.

Más un día. -¡Qué horror! Bronco alarido
535

resuena en el confín del suelo tracio,

y del corcel al galopar tendido

el polvo se hace dueño del espacio:

y sembrando el terror y la matanza,

como rugiente mar que ondas apila
540

y vallas rompen y espumante avanza

y el llano inunda, se desborda Atila.

Del exterminio que su faz oreo

ni edad ni sexo la embriaguez perdona;

mas si un tracio sucumbe en la pelea,
545

la virgen le sucede a la matrona;

y o matan como tigres acosados,

o lloran con la rabia de unos seres

que, si ante el odio luchan cuan soldados,

piensan ante el rubor que son mujeres.

550

Arde mi hogar: del angustiado pecho

viene el hijo a arrancarme mano impía,

mientras de propia sangre en vasto lecho

revuélcase mi esposo en la agonía,

y el resplandor fatal que en un instante
555

arrebátome amor, ventura y honra,

¡queda alumbrado a la orfandad errante

y a la muerte a los pies de la deshonra!

Ha cuatro lustros que en mortal quebranto

dar con tus huellas mi dolor codicia;
560

pero atenta escuché, sentí aquí llanto

y corrí, y aquí estás. ¡Hazme justicia!

ATILA

¡Justicia! ¿Y contra quién? Bajo el dominio

del huno al batallar cede la tierra;

devastación, violencia y exterminio,
565

siendo para su ardor grito de guerra,

inútilmente a la memoria llamo

una ley que castigue su osadía.

ILDICO

Esposo, a mi deshonra te reclamo:

el juzgar al infame es cuenta mía.
570

ATILA

¿Ignora tu demencia que una espada

ante deudas de honor nunca fue inerte

y que pudo en su pecho hallando entrada

convertirte en esposa de la muerte?

ILDICO

Que aún alienta lo dice mi semblante
575

con el rubor que abraza mi pupila;

el crimen es eterno. No te espante;

vive, vive el traidor.

ATILA

¿Su nombre?

ILDICO

(Señalándole.)

¡Atila!

ATILA

¿Atila has dicho?

ILDICO

Sí.

ATILA

Necia o demente,

pues te escuché benigno, te perdono.

580

Compartir mi poder tu afán no intente;

para Atila y su acero aún falta trono.

ILDICO

¿Y quién un cetro anhela que se tiñe

con la sangre vertida en el delirio?

¿Qué es tu diadema vil para quien ciñe

585

la sublime corona del martirio?

No con regio escabel la mente sueña;

dale justicia a mi dolor por precio,

y verás de mi honor una vez dueña,

cómo te escupo al rostro y te desprecio.

590

ATILA

¡Ten la lengua! Mi enojo sacrifico

y el reo al tribunal mi mano guía.

Su crimen y mi crimen, Ardarico,

juzga y sentencia tú.

ARDARICO

¿Yo?

ATILA

Sí.

ARDARICO

(Aparte con alegría.) (¡Ya es mía!) (Pausa.)

¡Sea su esposo el seductor de Tracia!

595

(Alegría en ILDICO.)

ATILA

¡Tu fallo acataré! (Resignándose.)

¿Cuál es su suerte?

(Con ansiedad refiriéndose a ILDICO.)

ARDARICO

¡La expiación exige de su audacia

que del lecho nupcial pase a la muerte!

ATILA

(Estremeciéndose.)

¿Qué dices? ¡Morir!... No.

ARDARICO

(Con imperio.) ¡Jamás su veto

de la ley al mandato impuso Atila!

600

ATILA

¡Morir! (Intercediendo.)

ARDARICO

(Inexorable.) ¡Themis habló!

ATILA

(Resignándose.) Yo la respeto,

¡Ildico! (Tomándole la mano con compasión.)

ILDICO

(Con desprecio.) ¿Tiemblas tú? Yo estoy tranquila.

ATILA

Pronto. ¡A partir!

(Suenan cuernos y vecinas y todo se pone en movimiento.)

ARDARICO

(Aparte.) (Su corazón desgarró;

mas saciar lograré mi amor funesto.)

ATILA

Ven, esposa. (Dando la mano a ILDICO.)

ARDARICO

(Impidiéndolo ferozmente.) ¡Cautiva, atrás. El carro

605

de las regias esclavos es tu puesto.

ATILA

(A ILDICO después de medir con una mirada de desconfianza a ARDARICO.)

¡Reina serás! mi compasión proscribe

la atroz sentencia que el rigor te lanza.

(Retirándose sin dejar de mirar a ARDARICO.)

ZERCÓN

(Acercándose misteriosamente a ILDICO, a quien no ha cesado de espiar desde su aparición.)

¡No temas!

ILDICO

(Aparte a ZERCÓN, reconociéndole.)

(¡Ah! Zercón, y mi hijo, ¿vive?)

ZERCÓN

¡Dios lo sabe!

ILDICO

¡Ay de mí!

ZERCÓN

(Estrechándole la mano.) ¡Valor!

ILDICO

(Con ahogado grito.)

¡Venganza! (Vase.)

610

(Los soldados uncen los bueyes a las carretas y los preparativos de marcha empiezan en el campo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

El antro de los sacrificios. Gruta tallada en la roca, alumbrada por teas que llevan los soldados. Al levantarse el telón aparecen divididos en grupos los sacerdotes alanos, arrojando sus varillas adivinatorias sobre un lienzo que les sirve de tapiz: el sacrificador ostrogodo, rodeado de los arúspices rujos, y con las manos metidas en las entrañas de una víctima, consultando las palpitations de ésta, y el hechicero de los hunos blancos, evocando los espíritus de los muertos, al son del tambor mágico, que tañe con una sola mano mientras que sus satélites, con los brazos extendidos diagonalmente y en el éxtasis de la inspiración, giran en derredor suyo y sobre sí mismos. En el fondo ATILA, sentado sobre un escabel, espía los menores movimientos con febril ansiedad. A su lado están ARDARICO, los REYES y dignatarios. ILDICO a sus pies, escucha resignada.

Escena I

ILDICO, ATILA, ARDARICO, REYES, SOLDADOS, SACERDOTES, ARÚSPICES, HECHICEROS.

ATILA

No la suerte ya próspera o adversa

al destino interrogó de mis armas,

que a los pies de la paz quemando incienso,

del ocio en el sopor duerme mi espada.

Huérfano el cinto, la rodilla ausente

615

del flanco del corcel y el brazo en calma,

para luchar nacido en otras lides

con rudo encono el corazón batalla.

Por acallar de la justicia el grito

que bajo el muro resonó de Mantua,
620

hoy de Etzelburgo en el palacio regio

con Ildico mis bodas se preparan.

Mas de su muerte la feroz sentencia

mi amor repugna y mi piedad rechaza,

y en el antro profético os convoco
625

con voz doliente demandando gracia.

Sacerdotes, alanos, al destino

los secretos robadle del mañana:

arúspice ostrogodo, de tu víctima

sorprende la clemencia en las entrañas;
630

y tú, hechicero, de mis hordas hunas

que el parche hiriendo a los sepulcros llamas,

haz que los manes de los muertos sean

propicios a su vida amenazada.

SACERDOTE

Tres veces el enlace misterioso
635

sobre el blanco cendal pedí a la magia,

y las tres con fatídico presagio

los signos respondieron: ¡muere o mata!

ATILA

Oscuro enigma. Mas tu fallo espero

que revoque el arúspice.

ARÚSPICE

Te engañas:

640

en dos partido el corazón, presenta

la víctima a mis ojos, y nefasta

la ciencia del augur, la muerte pide

para librarte ¡oh rey! de la venganza.

ATILA

¡Los dioses me abandonan!

(Al HECHICERO.)

¿Son los muertos

645

implacables también?

HECHICERO

Sañudos rasgan

la nupcial vestidura, y su sudario

con sus rígidos huesos me señalan.

ATILA

¿El hado me es adverso?

LOS TRES

Sí.

ATILA

¿Su suerte

no os es dado cambiar?

LOS TRES

No.

ATILA

¡Desgraciada!

650

Suplícales también; que mienten diles

vengativa al juzgarte.

ILDICO

En vano clamas.

Déjame ser quien soy; a la impostura

no se humilla jamás la fe cristiana.

ATILA

Rogaré por los dos. Hecho pedazos

655

mi corazón mirad a vuestras plantas.

Yo os daré una hecatombe por su vida;

su hermosura y mi amor os lo demandan.

LOS TRES
¡Imposible!

ATILA
¿Perdón!

LOS TRES
¡Jamás!

ATILA
El polvo

por vez primera mi rodilla mancha.
660

¡Compasión para entrambos!

LOS TRES
¡Nunca!

ATILA
¿Nunca?

Pues bien, ya no os suplico: el rey lo manda.

Forzaros quiero a deponer las iras;

no amedrentan mi espíritu esas farsas

con que el miedo trocando en sacerdocio

665

al armado valor vencéis sin armas.

Yo soy mi religión; a mis pasiones

mi brazo altares por doquier levanta,

y más númenes sacros no consulto

que los tajantes filos de mi espada.

670

Oráculos, justicias, dioses, leyes

los nombres fueron que la fuerza usaba;

mas la fuerza una vez llamose Atila,

y Atila desde entonces se los llama.

(Movimiento general de sorpresa. ARDARICO avanza solemne y dice a ATILA:)

ARDARICO

«Si a los preceptos que nos rigen vieras

675

que alguien valido en su poder faltara,

húndele tu puñal sin que tu mano

vacile ni ante el pecho del monarca.»

Así hablaste al poner sobre mis hombros

y haciéndome oscilar del juez la carga.
680

No me digas tu nombre, no me importa;

la justicia al herir vuelve la cara.

(Desnudando el puñal.)

¡Muere!

ATILA
(Aparte a ARDARICO, deteniéndole.)

(De la obediencia del soldado

el ejemplo del rey la norma traza;

tu acción aplaudo y a fingir me obligo;
685

la salud de mi pueblo me lo manda.

Mas si al deber sucumbo aquí en secreto,

mi voluntad su vida te reclama;

y yo sé que los cielos han de oírte,

(Con irónica sonrisa.)

porque mi fe y la tuya son hermanas.
690

Prisionera la entrego a tu custodia;

en su espíritu infunde la esperanza

mientras yo ante esa imbécil muchedumbre

disfrazo de dolor mis carcajadas.)

(Alto a los demás.)

Hechiceros, augures, sacerdotes,
695

mudo es el crimen; mi silencio os basta;

partamos. (¡En mi indómita bravura

el ser vencido aun por ficción me espanta!)

(Vanse ATILA y su séquito y la escena queda alumbrada por una sola tea, sujeta con garfios a la roca.)

Escena II

ILDICO, ARDARICO.

ARDARICO

(Llegó el momento: la emoción me agita

y se anuda la voz en mi garganta.

700

Inútil vacilar. Rugid, pasiones,
y desbordad del pecho que os encauza.)

Ildico, junto al tálamo el verdugo
a cortar la existencia se prepara.

¿No te asusta morir?

ILDICO
Para el creyente
705

sólo empieza la vida cuando acaba.

ARDARICO
¿Y no temes acaso que al perderla

se disipen tus sueños de venganza? (Con misterio.)

ILDICO
Siempre el tiempo al castigo otorga un día:

que si la muerte el hombre del hoy salva,
710

la eternidad para cumplir las deudas

tiene un hoy sin ayer y sin mañana.

ARDARICO
Mas perder juventud, belleza, trono...

ILDICO
Torturarme imaginas y te engañas:

el honor me devuelven, soy dichosa;
715

me libertan de Atila, estoy vengada.

ARDARICO

¿Y si yo la segur de la justicia

lograse detener con mi pujanza?

(Pausa, durante la cual ILDICO le lanza una mirada escudriñadora.)

ILDICO

Te escucho: el precio di; pero al hablarme

mi faz observa y si enrojece, calla.
720

ARDARICO

A tus encantos la razón perdida

juez inflexible condené tu causa,

para poder ser dueño en este instante

de encerrar en mi mano tu esperanza.

Mía serás; mi voluntad lo ordena.
725

ILDICO

¡Cuánto en subir al rostro el rubor tarda!

ARDARICO

Yo te puedo salvar o aniquilarte.

Entre amarme o morir, elige.

ILDICO

Mata.

ARDARICO

Eres de roca.

ILDICO

La materia impura

al homicida hierro siempre es blanda;
730

mas la virtud es aire que al herirle

con el mismo puñal se le separa.

ARDARICO

Pues bien, mujer sublime, yo a tu acento

en súplica trocando la amenaza,

vengo a rogarte que tu amor me otorgues
735

en cambio de mi mano y de mis lágrimas.

(Sorpresa en ILDICO.)

De mis lágrimas, sí: tú no concibes

que en mis mejillas por el sol tostadas

pueda el dolor rodar fundido en llanto

huyendo al ver la soledad del alma;
740

mas tú no sabes que en oscura noche

sume mi vida impenetrable gasa,

y que la luz perdida en mi existencia,

yo al ocaso pregunto si es el alba.

No conocí jamás ni la temida
745

autoridad de un padre, ni la casta

caricia maternal.

ILDICO

(Compasiva.) ¡Ah! ¿Los perdiste?

ARDARICO

¡Ojalá que perdidos los llorara!...

En las hordas de Atila, como el viento

barre el bosque y los gérmenes arrastra
750

que la tierra fecunda, el hombre nace

en los pliegues envuelto de una ráfaga.

ILDICO

(¡Oh! ¡Con igual acento de amargura

el hijo llorará de mis entrañas!)

ARDARICO

¡Ámame por piedad!

ILDICO

Aunque ofendida,

755

no me es dado mirarte ya enojada;

mas tente, que si mi honra no se queja,

más sensible otra fibra me desgarras.

Por el dolor marchita mi hermosura

rechacé tu niñez.

ARDARICO

¡Quimera vana!

760

¡Ámame!

ILDICO

No lo intentes... (¡A medida

que se va la mujer, la madre avanza!)

ARDARICO

No en mitad del camino me abandones

de mi existencia triste y solitaria.

ILDICO

(¡Atrás, necia ilusión!)

ARDARICO

(Tomándole la mano.) ¡Ildico bella!...

765

Responde.

ILDICO

(¡Aquí, honor mío!... ¡O hiero o callas!)

(Arrebata el puñal a ARDARICO y se amenaza el pecho con él.)

ARDARICO

¡Espíritu indomable!... ¿Qué pretendes?

(Quitándole el puñal.)

ILDICO

Tu silencio comprar.

ARDARICO

Oye, insensata.

Pues ni los ruegos ni la fuerza logran

triunfar de ti, mi vengadora saña
770

a desbordarse corre, y del verdugo

toma el amante la sangrienta plaza.

ILDICO

¡Qué importa!

ARDARICO

Mas no en brazos de la muerte

trocando el nupcial velo por la palma

del martirio, caerás con tu sonrisa
775

insultando el rigor de la guadaña.

¡Al tálamo no irás; quiero en tu rostro

(ILDICO se horroriza.)

ver pintados los signos de la rabia,

y saber que al morir, de la deshonra

el caliente rumor te invade el alma!

780

ILDICO

¡Eso nunca!... ¡Piedad!...

ARDARICO

¿Y tú la tienes

de mi acerbo sufrir?

ILDICO

¡Oh, desdichada!

ARDARICO

¡Tu amor!

ILDICO

¡Es imposible!

ARDARICO

¡Pues tu vida!

ILDICO

(¡Inspírame, Señor!) (Levantando los ojos al cielo.)

ARDARICO

(Amenazante.) ¡Mi acero aguarda!

No vaciles, responde.

ILDICO

Ve mi angustia.

785

ARDARICO

Mi ansiedad mira tú. (Avanzando.)

ILDICO

Detén la planta.

ARDARICO

¡Pronto!

ILDICO

¡Atrás! (Retrocediendo.)

ARDARICO

Es inútil.

ILDICO

(Inspirada por una idea.) ¡Soy tu madre!

ARDARICO

(Deteniéndose anonadado.)

¡Ah! ¡Mi madre! ¡Perdón!

ILDICO

(¡Dios mío! ¡gracias!)

(Descansando de su lucha. -Pausa.)

ARDARICO

Ya no estoy solo: por la vez primera

el rutilar de un astro me acompaña.

790

¡Mi madre! ¡Cuál colúmpiase en mi oído

la dulce vibración de esa palabra!

Déjame verte: en tu segunda forma

complácese mejor la vista avara.

Déjame verte, que de cuatro lustros
795

la deuda está cumpliendo la mirada;

a tus maternos brazos las caricias

que el tiempo me robó piden mis ansias.

ILDICO

¡Oh! ¿qué intentas?

ARDARICO

¿La madre lo pregunta?

ILDICO

(¡Voy a hacerme traición!)

ARDARICO

Mas... ¡cómo! ¿Pálida

800

doblas la frente y en silencio gimes?

¡Oh! ¡sospecha infernal!

ILDICO

¡De ti la aparta!

ARDARICO

No eres mi madre tú.

ILDICO

Lo soy; mas temo

que aun del hijo el contacto arroje infamia.

ARDARICO

¡Horrible duda! Si a mis ojos quieres
805

digna del nombre ser que me consagras,

sin vacilar hasta mi frente llega

y encima el labio pon: está sin mancha.

ILDICO

(¡Dios mío!)

ARDARICO

De otra suerte tu impostura

con tu propio silencio me declaras.

810

ILDICO

(¡Valor!) (Avanza hacia él con paso lento.)

ARDARICO

(¿Iré a perderla?)

ILDICO

(¡No, no puedo!)

¡Te he mentido!

(Después de llegar hasta él y tras un esfuerzo inútil.)

ARDARICO

(Con profundo dolor.) ¡Ah, cruel!

ILDICO

¡Mátame!

ARDARICO

¡Aparta!

(Con amargura, mas sin violencia.)

¿Qué me importa tu vida, si ha venido

la ventura a dar cuerpo a mis desgracias,

como brilla el relámpago en el cielo
815

para enseñar las nubes que te empañan?

No temas ya a mi enojo, que en la mente

la ilusión al pasar deja su traza.

Cuál te hubiera yo amado a ser mi madre

si el mentírmelo sólo me desarma. (Pausa.)
820

Tus días salvaré.

ILDICO

Tanta nobleza

la sangre acusa en ti de una gran raza.

ARDARICO

Fui la tuya un momento y yo te pago

aprendiendo a ser digno de tu patria.

Torno a mi soledad y redimido,

825

(Tomando la mano a ILDICO.)

mi mano sella de amistad la alianza.

ILDICO

¿Quién te enseñó a vengarte?

(Dándole la suya con gratitud.)

ARDARICO

¿Quién? Tu Iberia

al mandarme su aliento en una ráfaga.

¿Pero qué ven mis ojos? ¡Este anillo!...

(Reparando en el que lleva ILDICO.)

ILDICO

(¡Cielos! ¡Perdida soy!)

ARDARICO

No temas; habla.

830

¿Quién te le dio? responde:

ILDICO

Mas...

ARDARICO

No mientas.

ILDICO

Un general romano.

ARDARICO

Escio se llama.

ILDICO

¿Escio?

ARDARICO

Sí; que del mundo agonizante

movido a compasión, la fiera saña

va a aniquilar de Atila, y desde Roma
835

la rebelión fomenta. De sus arcas

el oro te entregó.

ILDICO

Medita...

ARDARICO

Entiendo:

de mi lenguaje audaz la prueba falta;

este anillo labrado a par del tuyo

de testimonio sirva a mis palabras.
840

(Mostrando uno.)

ILDICO

Yo soy quien buscas. Mas ¿por qué tu brazo

vengador sobre Atila se levanta?

ARDARICO

Donde tiranos hay no se pregunta

por qué la libertad blande su espada.

¡Cómo el destino por extrañas artes
845

nos une en el deber!

ILDICO

Sí; mas repara

que el derecho de herirle no me usurpen;

es el precio que puse a mi embajada.

ARDARICO

En busca vuelo, pues, de mis parciales;

y acaso el nuevo sol vertiendo galas,
850

como brillar Judit lo vio en Betulia

su cadáver alumbre y tu venganza.

ILDICO

Pronto, corre, que el tiempo a mi impaciencia

no habrá dado jamás noche más larga.

ARDARICO

Parto. (Vase.)

ILDICO

¡Oh! las que lloráis mujeres todas...
855

¡qué hermoso despertar tendréis mañana!

Escena III

ILDICO, y a poco ZERCÓN, que aparece por una pequeña abertura practicada en el suelo junto a la roca.

ILDICO

En mi intranquila emoción

cada instante transcurrido

traducen por su latido

las fibras del corazón;
860

y a querer de la impaciencia

recoger mi pecho el fruto,

toda entera en un minuto

palpitara mi existencia.

Seres que perdidos lloro,
865

va a cumplirse vuestro plazo,

mas si vacilara el brazo,

prestadle ayuda, os lo imploro;

y para impedir quizá

que os cubra de odiosa afrenta:
870

-¡Ildico, -grítadme, -alienta!

ZERCÓN
¡Ildico, alienta! (Con voz apagada.)

ILDICO
¿Quién va?

ZERCÓN
Yo.

ILDICO
¡Zercón! ¡Respiro!

ZERCÓN
¡Qué!...

¿Temiste?...

ILDICO
Que fuera tarde.

Soñaba que era cobarde:
875

mas por fortuna soñé.

ZERCÓN
Pronto: esta oculta salida

que con mis manos abrí,

para llegar hasta ti,

robe al verdugo tu vida.
880

ILDICO
¡Me propones!...

ZERCÓN
El furor

de esos inicuos burlar.

ILDICO
Trajéronme a este lugar

mi hijo, mi esposo y mi honor,

¿y huyera en estos instantes
885

traidora siendo a los tres?

¿Si no he de hacerlo después

por qué me lo exiges antes?

ZERCÓN
Evita su encono fiero.

ILDICO
Suplicas en vano.

ZERCÓN
Advierte...
890

ILDICO
Con la venganza y la muerte

hice pacto y las espero. (Pausa.)

Mas cuéntame. Desde el día

funesto en que la desgracia

entró en nuestro hogar de Tracia
895

sembrando el estrago impía,

hoy solos por vez primera

logramos vernos. ¿En dónde

su existencia mi hijo esconde?

¿Sabe que mi amor le espera
900

o abriéronle acaso allí

junto a su padre la tumba?

Habla, aunque al dolor sucumba.

ZERCÓN
Escúchame atenta.

ILDICO

Di.

De tu esposo esclavo fiel
905

secundando la pujanza,

hallábame en la matanza

de aquella noche cruel;

cuando un grito dando Aspar:

-«Volemos, Zercón! -me dijo-
910

«la madre a salvar y el hijo

del incendio del hogar.»

Alas llevaron los pies;

pero al entrar nos hirieron

y esclavo y señor cayeron.
915

ILDICO
¡Ay, triste!

ZERCÓN
El señor después.

Él allí encontró la muerte;

yo la busqué, pero en vano.

De pronto siento tu mano

la mía estrechar inerte,
920

y explicarte no sabré

mi extraño presentimiento;

pensé en el niño al momento

y halleme al momento en pie.

Tú, aunque exánime, la presa
925

disputábasle a un gelón;

yo al comprender tu aflicción

quise auxiliarte en la empresa,

pero mi sangre manaba;

la angustia te consumía,
930

y en tan horrible agonía

el gelón se lo llevaba.

Siendo ya inútil luchar,

la guarnición esculpida

por el fuego enrojecida,
935

vi del acero de Aspar,

y sobre el hombro desnudo

de aquel ángel inocente

la marca puso candente

de vuestro bético escudo.
940

Luego al dolor sucumbí;

cautivo me desperté,

y aunque el mundo registré

jamás con su huella di.

¡Pero tú!...

ILDICO

945 ¿Qué me preguntas?

¿Acaso en mi faz no ostento

que a calmar voy el tormento

de todas mis horas juntas?

¿No adviertes en mi semblante

cierta feroz alegría
950

que nadie inspirar podría

sino Atila agonizante?

¿En tu pecho no retumba

la ronca voz de mi encono

al gritar que subo al trono
955

para ver mejor su tumba?

ZERCÓN
¿Qué dices?

ILDICO

La rebelión

Roma protege, y hoy mismo

de la nada en el abismo

le arrojará la traición.
960

Un gozo sienta infernal

al pensar que en breve plazo

tendré un puñal en mi brazo

y su vida en mi puñal.

ZERCÓN

¿Mas si esta noche al festín
965

debe suceder la muerte?...

ILDICO

En él con distinta suerte

verá el monarca su fin. (Con misterio.)

Junto a la gruta de Athel

de la Pannonia en la vía
970

hay un pastor, un espía;

toma este anillo; con él (Le da el suyo.)

dueño del oro te harás

que reclaman los alanos,

y de Ardarico en las manos
975

sin tardanza lo pondrás.

ZERCÓN

Sí; mas salgamos los dos;

¿de convencerte no hay arte?

ILDICO

Cállate, ejecuta, parte,

y que nos proteja Dios. (Vase ZERCÓN.)

980

No tiembles, mano, sé fiel

al vengar a los que gimen:

si verter sangre es un crimen

no es un crimen verter hiel.

De la conciencia insensata

985

no acallo el grito severo;

cuando le pregunto: ¿Hiero?

siempre me responde: ¡Mata!

¿Quién? (Viendo a ATILA.) (¡Mi víctima! Al furor

voy la máscara a poner.)

990

Madre serás; sé mujer:

anda a ganarte el honor.

Escena IV

ILDICO, ATILA.

ATILA

Reposo dando a la ficción funesta

que aquí me impuse de mi pueblo en nombre

del monarca la púrpura depuesta,
995

su pequeñez mostrando, llega el hombre.

¿Es cierto, di, que en la ilusión te meces

de mi sangre verter?

ILDICO

(Con fingida dulzura.) ¿Qué me preguntas?

Si a la fe del oráculo obedeces,

mi respuesta y tu fe no caben juntas.
1000

ATILA

Jamás la conocí. ¿Piensas que al hado

mi indiferente condición perdona?

Un adorno es mi fe que entrelazado

en el cerco encontré de mi corona.

Mas responde: ¿es verdad que de mi muerte
1005

sólo el anhelo tu conducta guía?

ILDICO

¿Y para qué inquirirlo?

ATILA

Por poderte

libertar del horror de la agonía;

porque en mi duro pecho con violencia

el amor encendiste con tus gracias.
1010

ILDICO

¿Qué importa que se apague mi existencia

si al hacerme tu esposa el amor sacias?

ATILA

Importa, sí, que de letal quebranto

el corazón sucumbe bajo el peso,

y en ti no busco el voluptuoso encanto
1015

que sólo dura el palpitar de un beso.

Vuela tan alto el pensamiento mío,

que sordo del placer al eco inmundo

paréceme que aliento en el vacío,

en el cual sólo tú formas mi mundo.

1020

ILDICO

¿Tanto me amas?

ATILA

¡Oh! sí: fundo mis goces

en tu imagen soñar con rudo empeño:

quiero a veces vivir; me llamo a voces,

pero en mí ya no hay vida; todo es sueño.

Ámame por mi amor, no por venganza

1025

sacrifiques tu ser y mi ventura.

Tu enojo al fin depón.

ILDICO

¿Y quién me lanza

el estigma feroz de esa impostura?

ATILA
Los oráculos.

ILDICO
Mienten.

ATILA
¿Y el encono

con que en tu faz brillando la delicia
1030

las gradas escupiste de mi trono

al ir a Italia a demandar justicia?

ILDICO
¿Y cómo tú, para quien nada existe

secreto ante el poder de la mirada,

en mí el dolor de la mujer no viste
1035

que se cree siendo amante despreciada?

ATILA
¿Qué prefieres? Repítelo: mi anhelo

entre la duda y la verdad vacila.

ILDICO
Pues ver te impide del pudor el velo,

yo le rasgo a tus ojos: te amo, Atila.
1040

ATILA
¿Que me amas escuché? Supremo instante.

(Extasiado.)

¡Oh! ¡si tú el corazón verme pudieras!

Mas, ¿qué es esto que abrasa mi semblante?

ILDICO

¡Lágrimas! (Mirándole bañado.)

ATILA

(Secándose las avergonzado.)

Es la verdad. Son las primeras.

Extraña condición, que de quebranto
1045

se disfrace el placer. Yo no sabía,

hasta que al ser feliz corrió mi llanto,

que también hay dolor en la alegría.

ILDICO

Agitadas confúndense las heces

cuando su cáliz la pasión apura.
1050

¡Si supieras, Atila, cuántas veces

se traduce en sonrisa amargura!

ATILA

¡Ildico mía! (Tratando de estrecharla entre su brazos.)

ILDICO

(Cruzando los suyos sobre el pecho.)

Si por él no alientas,

¿por qué amor me juraste, fementido?

ATILA

¿De él dudas? (Teniéndola estrechada.)

ILDICO

Sí, porque matarlo intentas

1055

de un beso con el último latido.

¿Esclava o reina soy?

ATILA

Reina y señora.

ILDICO

Pues déjame ser digna de mi altura.

ATILA

Del insensato afán que me devora,

no me culpes a mí, si a tu hermosura.

1060

ILDICO

Harás que estrecha cuenta te demande

de lo que iluso llamas tu heroísmo:

no digas que venciste nada grande

faltando que te venzas a ti mismo.

ATILA
¿Qué falta?

ILDICO
Nada. A tu valor me postro.
1065

(En el colmo de la alegría.)

ATILA
Esta noche por fin, esposa mía...

ILDICO
(¡Esta noche matar!) (Con alegría.)

ATILA
¿Vuelves el rostro?

ILDICO
(Con aparente rubor.)

Trataba de ocultarte mi alegría.

ATILA
¿Cómo busca el espíritu agitado

colocarse a nivel de tu belleza!
1070

Cuando vuelvo la vista a mi pasado

le hallo mezquino ante mi actual grandeza.

Trono y conquistas y poder y gloria

átomos son no más que barre el viento;

cien mundos lleno yo de tu memoria
1075

con cada pulsación del pensamiento.

Impónme el sacrificio más terrible

y al punto tu ambición verás colmada.

Pídeme algo gigante, algo imposible:

vivir sin batallar: rompo mi espada.
1080

ILDICO

Eso jamás: si mi pasión despiertas,

si estrechar ambiciono nuevo lazo,

si al entusiasmo al fin abrí las puertas,

¿de quién es hijo iodo? De tu brazo.

De ese brazo sin par, cuya pujanza
1085

se recrea del orbe en el martirio;

porque tu sed de sangre y de matanza

la siento yo también.

ATILA

(Con salvaje gozo.) ¿Sí?

ILDICO

Es mi delirio.

¡Cuánto debéis gozar en el instante

de ver la presa a vuestros pies rendida,
1090

consultando el puñal como un cuadrante

que el límite encerrara de su vida!

(ATILA la escucha con interés creciente.)

¡Y al clemencia pediros y negarla!...

¡y al ahogar en insultos su lamento!...

¡y la mano al crispar, y al levantarla!
1095

¿y el momento de herir? ¡Ese es momento!

ATILA

¿Y es tanto tu valor, que del acero

no oscilara al sentir el choque duro?

ILDICO

Si llega la ocasión, como lo espero,

tú mismo juzgarás, yo te lo juro.
1100

ATILA

Tiemble la tierra, y a nutrir con llanto

de dos sañas se apreste el apetito.

Si sobrio me temió, ¿qué hará en su espanto

al saber que un banquete necesito?

Mas... corro a confundir en mis desprecios
1105

de esa inmunda canalla la insolencia.

¡Con qué placer a los augures necios

arrancaré el perdón de su sentencia!

¡Fuerza es al fin partir, Ildico bella!

(Llegando a ella con los brazos abiertos. ILDICO para evitarlo se deja caer de rodillas.)

ILDICO
A tus plantas, señor, mira a tu esposa.
1110

Vida le das.

ATILA
Porque mi aliento es ella.

ILDICO
Parte.

ATILA
Alas llevo. ¡Adiós!

ILDICO
Adiós.

ATILA
(¡Qué hermosa!)

(Vase ATILA sin dejar de mirar a ILDICO, que a su vez finge seguirle con enamorada vista.)

ILDICO

Corre, que tu existencia en el ocaso

el tibio resplandor último vierte:

corre, que cuanto más vuela tu paso

1115

más deprisa te acercas a la muerte.

Escena V

ILDICO, ARDARICO, ZERCÓN, VALAMIRO, TEODOMIRO, VIDEMIRO.

ZERCÓN

(A los que le siguen.)

Entrar podéis; ya partió:

Ildico, los conjurados.

ILDICO

¡Ah!

TEODOMIRO

¡Salud!

ILDICO

Salud a todos,

mis amigos, mis hermanos.

1120

ARDARICO

Di; ¿contra cualquier sorpresa

prevenidos nos hallamos?

ZERCÓN

Seis hombres a la salida

de la gruta hay apostados

y dos acechan ocultos

1125

en la mina del palacio.

Además, si en las tinieblas

hay que explorar, yo me encargo.

Mis ojos son dos antorchas.

ARDARICO

Pues el tiempo no perdamos

1130

y cuentas demos del oro

que han recibido los campos.

Roma en Ildico está aquí

y Roma es también del pacto.

(Siéntase en el suelo alrededor del escabel de ATILA.)

Reyes todos sometidos
1135

de Atila al potente brazo,

de su afán juguete somos,

de su poder tributarios.

Su odio nos lanzan los pueblos

al odiar a ese tirano,
1140

y por corona ceñimos

el vil dogal del esclavo.

A hacer añicos el yugo

van hoy por fin nuestras manos.

¿Queréis ser libres?

TEODOMIRO

¡Sí! ¡sí!

1145

ARDARICO

¿Juráis venganza?

TEODOMIRO

¡Juramos!

ARDARICO

Pues bien, de la rebelión

este es el plan, escuchadlo.

Mientras en festín nupcial

el rey y los dignatarios
1150

solemnemente esta noche

nos hallemos congregados,

las auras de independencia

vendrán el rostro a besarnos:

del cuervo al primer graznido
1155

que imitarán los alanos,

sabréis que ya somos dueños

de la guardia del palacio.

Dado el alerta, esperad

que suene de nuevo el canto;
1160

entonces es que los gépidas

tienen el hurgo cercado,

y que rujos y ostrogodos

al trotar de sus caballos,

baten a las hordas hunas
1165

sorprendidas en sus barrios.

Ese es el momento: caiga

cuanto nos impida el paso,

y al frente de las legiones

o triunfemos o muramos.
1170

ARDARICO

¿Y quién al rey ha de herir?

TEODOMIRO

Deja esa empresa a mi cargo.

VIDEMIRO

No; que la suerte decida.

ARDARICO

Ved que os afanáis en vano.

Roma reclama ese honor.
1175

VALAMIRO

¿Quién lo llenará?

ILDICO

Mi brazo.

TEODOMIRO

¿Tú?

ILDICO

¡Yo!

VIDEMIRO

¿Una débil mujer?

ILDICO

Judit lo fue en igual caso.

TEODOMIRO

Mas si a su fuerza sucumbes...

ILDICO

He dicho que mato... ¡y mato!

1180

ZERCÓN

No temáis: mi previsión

se lo entregará postrado.

TEODOMIRO

¡Cómo!

(Se oye un silbido y todos se ponen en pie.)

ARDARICO

Pero esa señal...

TEODOMIRO

¡Una sorpresa!...

VALAMIRO

Partamos.

ARDARICO

Pronto: apagad esa antorcha.

1185

(La apaga uno de ellos, quedando la escena en completa oscuridad.)

ZERCÓN

(Se acerca al fondo.) Un momento: no oigo pasos.

Ilusión sin duda fue.

ARDARICO

Tal vez, pero hablemos bajo

y a esta agitada asamblea

demos fin en breve plazo.

1190

¿Decías?...

ZERCÓN

Que cual copero

del monarca, yo los vasos

custodio de que él se sirve,

en tosco leño vaciados,

y un narcótico mortal

1195

en el fondo he derramado

que esta noche en el festín

irá su ser devorando.

ILDICO

Mas si es mortal, mi venganza

llegará tarde. Impidamos
1200

que ese licor acreciente

en vez de enjugar mi llanto.

ZERCÓN

Escucha, aunque no hay antídoto

contra su terrible estrago,

tarda es la muerte en llegar,
1205

mas la víctima al letargo

rinde las fuerzas y entonces...

ILDICO

¡Ah! ¡Comprendo!...

Escena VI

DICHOS, ATILA.

ATILA

¡La he salvado!

¡Qué tinieblas!

ILDICO

¡A luchar!

ATILA
(¿A luchar?)

ILDICO
En breve espacio
1210

vuestras penas y las mías

para siempre habrán cesado.

ATILA
(¿No está sola?)

ILDICO
Piensa iluso

que amor en mi pecho guardo

y que compartir un trono
1215

voy de sangre salpicado.

¡Oh! no: la suya a raudales

verteré con odio insano.

(ATILA palidece de coraje.)

Y el hierro al blandir...

ZERCÓN
¡El Rey!

(Tapándola la boca con la mano y con un horroroso y apagado grito. Terror general, que se traduce por una inmovilidad completa.)

ARDARICO
Perdidos somos.

VIDEMIRO
¡Huyamos!
1220

ILDICO
Venid; vuestro acento ahogad.

ATILA
(¡Miserables! ¡Hablan bajo!

¡Me han descubierto!)

ZERCÓN
Seguidme.

(Llevándolos a todos por la abertura.)

ATILA
(¡Crujen armas!) ¡Ah del antro! (Dando gritos.)

¡Pronto! ¡Antorchas! ¡Aquí gente!
1225

¡Ah del Rey! ¡Ah del palacio!

(Suena el crujido de las armas por la abertura.)

Te hallaré.

(ARDARICO, que pasó el último, retrocede con ILDICO de la mano al ruido de las armas.)

ARDARICO
(¡Las armas chocan!)

ZERCÓN
(Aparte a ILDICO y ARDARICO, entrando por la abertura.)

(No os mováis, que peleando

nuestros parciales están;

pues sorprendidos se hallaron
1230

al salir, por una guardia

de acatirras y hunos blancos.)

ARDARICO
(No hay remedio.)

ATILA
Te hallaré;

conduce el furor mis pasos.

ARDARICO
(Blande el puñal y dice aparte a ZERCÓN sin ser oído de ILDICO, cuya mano suelta.)

Zercón, es fuerza matar:
1235

Tú que ves, llévame el brazo.

(ZERCÓN le toma de la mano armada y juntos van hacia ATILA.)

ATILA
(¡Por aquí siento pisadas!)

ILDICO
(¿Do están?) (Buscándolos.)

ARDARICO
(Aparte a ZERCÓN.) (Al pecho.)

ATILA
(Llamando.) ¡Soldados!

¿Ninguno acude?

ZERCÓN

(Guiando la mano de ARDARICO.) ¡Ahora hieres!

(ARDARICO asesta un golpe al pecho de ATILA, pero el puñal se rompe sin herir.)

ATILA

¡Miserable!

(Le derriba al sentirse atacado y le sujeta con una fuerza hercúlea.)

ZERCÓN

(Mirando el puñal.) (¡Roto!)

ATILA

¿Acaso

1240

contra asesinos mi cota

no templé?

ILDICO

(¡Qué oigo! ¡Ya alcanzo!...)

ATILA

¡Un hombre!...

(Tratando de reconocer por el tacto a su asesino.)

¿Quién eres? di.

ZERCÓN

¡Silencio! (Aparte a ARDARICO.)

(¡Y yo desarmado

estoy!)

ILDICO

(¡Me vendieron!)

(Desesperada al comprenderlo todo.)

ZERCÓN

(¡Ildico!) (Aparte a ella.)

1245

Tu puñal.

ILDICO

¡Si el tuyo aguardo!

ATILA

¿No me respondes? Pues bien; (A ARDARICO.)

mientras al verdugo traigo

para enseñarle quién eres,

con este sello te marco.

1250

(Desnuda su puñal y se lo deja clavado en lado izquierdo.)

Reyes, sacerdotes, pueblo...

¿Cuándo Atila llamó en vano?

(Vase dando desaforados gritos.)

Escena VII

ILDICO, ARDARICO, ZERCÓN.

ZERCÓN

Ven en su auxilio: le hirió.

ILDICO

¿Muerto?

ARDARICO

¡No, desesperado!

ILDICO

Va a volver.

ZERCÓN

¿Pero esta herida?...

1255

ARDARICO

¿Qué importa? Primero huyamos.

ZERCÓN

¡Es imposible! Aún combaten.

ARDARICO

Pues aguardémosle impávidos,

y al entrar, a nuestras plantas

cadáver caiga el tirano.

1260

ZERCÓN

No hay más acero que el tuyo

y hecho yace aquí a pedazos.

ARDARICO

Aún tenemos este.

ZERCÓN

¡Ah! ¡sí!

ARDARICO

Del hombro al momento arráncalo,

que en su desnuda garganta
1265

de hundirlo en la sed me abraso.

ILDICO

Sublime ardor, pero inútil:

le cubrirán sus soldados.

ARDARICO

Las vestiduras destroza.

(ZERCÓN las desgarras y arranca el puñal.)

ZERCÓN

Bien se conoce su mano.
1270

¡Mas cielos! ¿Qué ven mis ojos?

ARDARICO

¿Qué es ello?

ZERCÓN

No estoy soñando.

ILDICO

¡Habla!

ZERCÓN

¡El escudo de Aspar

sobre su espalda grabado!

ILDICO

¡Mi hijo!

ARDARICO

¿Qué escucho?

ATILA

(Dentro.) ¡Seguidme!
1275

ILDICO
¡Ah, Zercón! ¡sálvalo! ¡sálvalo!

¡Me lo viene a arrebatarse

cuando de encontrarle acabo!

ZERCÓN
¿Mas cómo?... (Buscando el medio.)

ARDARICO
 ¡Madre!

ATILA
(Dentro, más cerca.) ¡Venid!

ILDICO
Hijo, no busques mis brazos,
1280

que aquí cuando el gozo asoma,

ve al horror y huye espantado.

ZERCÓN
En esa abertura escóndete,

y cuando lleguen al antro,

sal como si tú con ellos
1285

descendieras del palacio.

Toma y cúbrete.

(Dándole una especie de capote que lleva cruzado en bandolera.)

ILDICO

¡Zercón!...

¿Pero y después?

ZERCÓN

Los cristianos

miran al cielo y esperan.

ATILA

¡Ildico! (Más cerca.)

ILDICO

¡Verdugo!

ZERCÓN

¡Vamos!

1290

(Llevándole a la abertura y desapareciendo por ella con él.)

Escena VIII

LOS MISMOS, ATILA, seguido de multitud de soldados, con las espadas desnudas y teas encendidas.

ATILA

Ildico... No, cruel; ese es tu nombre.

¿Cabe en tanta beldad tanta impudencia?

Pero sola te encuentro y busco a un hombre.

¿Dónde está ese traidor?

(ZERCÓN, al oír la pregunta de ATILA, sale de la abertura, recatándose de los soldados y clavándose en el hombro izquierdo el puñal que arrancó a ARDARICO, se presenta con los brazos cruzados a ATILA.)

ZERCÓN

¡En tu presencia!

(Movimiento general. ILDICO y ATILA abundan en el mismo asombro, aunque con diferente orden de ideas.)

ATILA

¿Tú fuiste?

ZERCÓN

Hable el puñal.

ATILA

Este es mi acero. (Pausa.)

1295

A mis bodas te invito y a tu muerte.

Provoca, histrión, mis carcajadas; quiero,

pues tu sangre me das, corresponderte.

(ZERCÓN hace un signo de desprecio.)

Y tú a libar el adorante camos

ven, que el momento de tu fin retarda.

1300

(A ILDICO.)

¡Alumbrad a la víctima! (A los soldados.) Partamos.

¡El funeral banquete nos aguarda!

(Abren paso, y ATILA, llevando de la mano a ILDICO y seguido de ZERCÓN, gana el fondo a la cabeza del cortejo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La explanada del palacio de ATILA. Un toldo multicolor, colocado a grande altura, se halla sujeto a las copas de los árboles, formando una especie de tienda que oculta el fondo, en el que se ven dos aberturas practicables. La vasta extensión de este recinto se halla rodeada de pequeñas mesas, separadas entre sí y provistas de los asientos correspondientes, para que en cada una quepan de cuatro a cinco personas. En el centro un estrado y la mesa y el thalamus de ATILA. Éste y todos sus dignatarios toman parte en el festín. Detrás de cada convidado habrá en pie un copero con un vaso de oro o plata, siempre servido. ZERCÓN llena este cometido junto al REY. Los esclavos con caprichosos trajes que acusen sus diferentes razas, colocan sobre las mesas grandes platos de metal precioso, cargados de manjares. La vajilla y los vasos de ATILA son de madera. Sentados sobre los ricos tapices, a un lado del proscenio, esperan el turno de sus espectáculos, el escaldo o poeta huno, los soldados, provistos de sus escudos para acompañarse en el canto, y las esclavas bizantinas con sus ropas talarés más vistosas, pero semejantes a las usadas por las almés egipcias. Multitud de flameros y antorchas sujetas a los árboles, iluminan la escena. Al levantarse el telón aparecen en primer término dos luchadores que acaban de dar fin al ejercicio, por lo que verase al vencido derribado y al vencedor poniéndole el pie sobre el pecho. Todos aplauden frenéticamente lanzando alaridos descompasados, y en su fisonomía y ademanes se observa el efecto de una desenfrenada embriaguez.

Escena I

ILDICO, ATILA, ARDARICO, ZERCÓN, VALAMIRO, VIDEMIRO, TEODOMIRO, el ESCALDO, SACERDOTES, SOLDADOS, ESCLAVOS, COPEROS, etcétera.

ATILA

¡Honra de ese titán al rudo empuje!

¡Gloria del vencedor, al brazo fuerte!

Un vaso de Medoc, veinte Filipos
1305

y la manumisión su esfuerzo premien.

(Todos aplauden. Los luchadores se retiran.)

Nosotros a beber, que si en la sombra

quísome herir la ingratitud aleve,

de mi justa venganza el espectáculo

servirá de esplendor a mi banquete.
1310

(Toma la copa de manos de ZERCÓN y la apura, dirigiéndose a sus dignatarios.)

¡Por vosotros!

TODOS

Por ti.

(Tomando las suyas de los coperos y devolviéndoselas después de vaciarlas, para que escanciando de nuevo, las tengan prontas para una nueva libación.)

ARDARICO

(Aparte a los reyes, que están a su lado.)

¿Cómo pudisteis

la gruta abandonar?

TEODORICO

(Aparte a ARDARICO.) (Dejando inertes

a aquellos miserables.)

ARDARICO

(Ídem.) (Mas... ¿dispuesta

la rebelión está?)

VALAMIRO

(Aparte a ARDARICO.) (Veraslo en breve.)

ATILA

¿Es de fuego la atmósfera esta noche?

1315

¡Qué terrible sopor! Dadme otro ambiente.

(Varias esclavas, con grandes abanicos de plumas, agitan el aire.)

VIDEMIRO

(Aparte a los reyes.)

(Del tósigo mortal ya los efectos

que predijo el parásito se advierten.)

ATILA

No os detengáis: en eslabón continuo

la cadena tejed de los placeres.

1320

Los cantos entonad de la Germanía

y a Bizancio sus danzas nos recuerden.

(Los soldados entonan un canto a voces solas, apoyando el borde superior de sus escudos contra el labio inferior a usanza de los germanos, que se valían de este medio para dar una vibración particular al sonido, y las esclavas bizantinas ejecutan a su compás una danza en

la que, el movimiento de los pies, casi invisible, por sus ropas tálares, es sustituido por una voluptuosa agitación de todo el cuerpo, que se termina en un desenfreno vertiginoso. Todos aplauden con entusiasmo.)

La libación repítase... ¡Mi copa! (Tomándola.)

No deis tregua al placer. ¡Escancia, imbécil!

(A ZERCÓN.)

Dignatarios y pueblo: en las batallas
1325

o vencer o morir. (Apurando su copa.)

TODOS
(Haciendo lo propio.) ¡Victoria o muerte!

ATILA
Escaldo, avanza. Al prodigioso numen

dile que inspiración vierta a torrentes.

El suspiro apagad; todo enmudezca:

sólo su acento los espacios llene.
1330

(Todos se imponen silencio y escuchan con avidez. El ESCALDO gana el centro, y en una actitud inspirada entona con gran fervor el siguiente himno:)

ESCALDO
Cual su melena lanzada al viento,

de sus rugidos marchando al son

y de matanza su diente hambriento,

la virgen selva cruza el león;

al sol retando su audaz pupila,
1335

sangre pidiendo su espada y él,

la fértil tierra devasta Atila

ciñendo el flanco de su corcel.

Cuando los hunos en son de guerra

su aliento aspiran batallador
1340

y al entusiasmo que el pecho encierra

se forja el rayo de su valor,

nubes parecen que cual montañas

por los espacios rodando van,

llevando antorchas en las entrañas
1345

y por quejidos el huracán.

La lucha empieza; las rizas crines

el bruto azota contra el arnés,

cuando al estruendo de los clarines

suelta la brida parten sus pies;
1350

mientras los dardos vertiginosos

del cielo rasgan el leve tul,

como esos astros que luminosos

llenan de surcos el aire azul.

(Imitando con la acción el correr de las estrellas erráticas.)

Ya confundidos los escuadrones
1355

la muerte avanza del hierro al son,

y sobre vidas hechas girones

sangriento callo planta el trotón.

Y entre las llamas y entre los ecos

de los gemidos avanza Athel,
1360

a quien el triunfo sobre los flecos

de su bandera puso el laurel.

Como del campo la sed ardiente

gota de lluvia viene a templar

y entre sus venas se cambia en fuente,
1365

de fuente en río, de río en mar:

de Escitia a Italia tejiendo un lazo,

el culto a Persia llevó de Ares;

miró a Occidente, tendió su brazo

y el mundo, Atila, rindió a sus pies.
1370

(Todos aplauden frenéticamente. El ESCALDO se retira. ATILA avanza, dejando ver desde ahora hasta el momento de su postración los efectos progresivos del veneno.)

ATILA

Bien me cantaste; yo soy

quien ejerce ese dominio;

yo, que siembro el exterminio

por donde quiera que voy;

porque con mi saña acerba
1375

peso tanto en mi caballo,

que allí donde él pone el callo

no vuelve a crecer la yerba.

Pero... Este extraño sopor

que me embarga los sentidos...
1380

Mis miembros entumecidos

van perdiendo su vigor,

y tan confusa acudir

siento la idea a mi mente,

que le pregunto al presente
1385

si es pasado o porvenir.

¿Sois vosotros, no es verdad,

los testigos de mis bodas?

Pero ¡qué caras! En todas

se pinta la gravedad.
1390

Deponedla de una vez

dando entrada en vuestro seno

al sublime desenfreno

de la hermosa embriaguez.

Miradme a mí: yo que hiqué
1395

veinte reyes de rodillas

y al pasar setenta villas

a las llamas entregué;

yo, que al odio universal

la espada desnuda opongo,
1400

yo, Atila, el cetro depongo

por el tirso bacanal.

Librando al dolor batalla

del vértigo en los confines

eclipsemos los festines
1405

de Nerón y Caracalla:

devoremos los instantes

hasta agotar el licor

al frenético clamor

de sátiros y bacantes;
1410

y entre música sonora,

los labios de amor felices

empañando los matices

de las perlas de Basora,

cuando del sueño al compás
1415

sus alas pliegue la orgía

soñémosla todavía

porque se prolongue más.

Resuene un himno en mi honor

que la tristeza destruya.

1420

Esposa, la vez es tuya:

canta ¡oh cisne! tu estertor;

inspira tu pensamiento.

(Óyese un formidable graznido. ATILA se interrumpe. Los demás dejan ver en su semblante la diferente impresión que les produce.)

Mas... ¿ese ruido?...

LOS REYES

(Entre sí.) ¡El alerta!

ILDICO

(Aparte.) ¡Despierta, valor, despierta,
1425

que se aproxima el momento!

ATILA

¡Fue un graznido! Es singular

cómo el cuervo inteligente

el fin sangriento presiente

que voy al festín a dar.

1430

(Mirando a ILDICO y a ZERCÓN.)

¡Fue previsión!

ILDICO

¡Mucha! ¡Mucha!

ATILA

Ya que el morir no te espanta,

no te detengas y canta.

ILDICO

Pues tú lo quieres, escucha.

En un extenso confín

1435

como el que tu mano abarca,

cual tú, un excelso monarca,

como este honraba un festín.

Era el banquete nupcial;

el rey, como tú, tirano,

1440

el esplendor soberano,

la embriaguez infernal.

De pronto las ricas galas

que envolvían al protervo,

llenó de sombras un cuervo

1445

con el manto de sus alas;

y al lúgubre y triste son

que produjo en el palacio,

se heló el aire del espacio

al miedo del corazón.

1450

-«¿A quién buscas de esta suerte?...»

preguntó el monarca grave.

-«¿Quién te trajo?»- Y dijo el ave

con un graznido: -«¿La muerte!»

Y a todos aquel acento

1455

sumiendo en letal desmayo,

para no atraerse el rayo

todos ahogaron su aliento.

La víctima al fin marcó

el capricho omnipotente,

1460

y tanta cobarde frente

su fiereza recobró;

sólo el ave carnicera

batiendo las densas brumas,

volvió a agitar de sus plumas
1465

la tremolante bandera;

y ante la atónita grey

de aquellos podridos seres

al gritarla: -«¿A quién prefieres?»-

respondió sañuda -«¡Al Rey!»
1470

(Señalando a ATILA. Asombro general.)

ATILA
¿Al Rey? ¡Necio es tu furor!

Mi carcajada te advierte

que no has de vengar tu muerte

despertando mi terror.

Te juro que no verás
1475

tu predicción satisfecha.

Voy a mandarle una flecha

para que no cante más.

Escena II

LOS MISMOS, el SOLDADO 5.º, trayendo maniatado a FLAVIO.

SOLDADO
¡Plaza!

ATILA
¿A quién?

SOLDADO
1480 A este traidor,

que sirve a tierras remotas

de espía, bajo sus rotas

vestiduras de pastor.

ILDICO
(¡Flavio!) (Reconociéndole aparte.)

ARDARICO
(Ídem a los REYES.) (¡Si habla nos perdemos!)

ATILA

¿Qué prefieres? (Al SOLDADO.)

SOLDADO

Yo le he visto

1485

predicar la fe de Cristo,

y en los cuarteles extremos

el oro verter cuitado;

y, Rey, cuando el oro brilla,

ni el muro guarda la villa

1490

ni tiene escudo el soldado.

Un formidable graznido

hace poco el viento hirió;

el cuervo lo cacé yo, (Por FLAVIO.)

ahora tú sorprende el nido.

1495

ATILA

(Mirando a ILDICO y a ZERCÓN.)

Descubrir juzgo el arcano

que su vil conducta encierra.

¿Cuál es tu patria? (A FLAVIO.)

FLAVIO

¡La tierra!

ATILA

¿Tu nombre, infame?

FLAVIO

¡Cristiano!

ATILA

(Con furor creciente.)

¿No tienes cómplices?...

FLAVIO

Sí.

1500

ARDARICO

(Aparte.) ¡Nos vende!

ATILA

(Presentando a ILDICO y a ZERCÓN.)

¿Son estos?...

FLAVIO

¡No!

ATILA

¿Dónde están?

FLAVIO

Dónde iré yo

cual víctima tuya. Allí. (Por el cielo.)

ATILA

(Fuera de sí.) Donde cantaste darás

tu ¡ay! postrimero al espacio;
1505

(Al SOLDADO.) pero matadle despacio,

a fin de que muera más.

Tú, Zercón, la misma suerte

ve a correr.

ILDICO
(Aparte.) (¡Ah!)

ARDARICO
(Ídem.) (¡Se perdieron!)

ATILA
Los que el crimen compartieron
1510

que se repartan la muerte.

ILDICO
(Aparte a los REYES.)

(Es fuerza salvarlos.)

REYES
(Aparte.) (¡Sí!)

ARDARICO
(Aparte.) (Mas no han repetido el canto.)

Salid vosotros; yo en tanto

ganaré instantes aquí.
1515

ATILA

(A los REYES.) Marchad a imponer mis leyes

pero ved que en mi furor

cada soldado traidor

cuesta la cabeza a un rey.

ARDARICO

(A ATILA.) Antes de que a tu sentencia
1520

dé el verdugo cumplimiento,

presta a solas un momento

a mis palabras audiencia.

ATILA

(Al séquito.) Salid. Pero el sacrificio

disponed en el palacio.
1525

Hay que orear este espacio

con la sangre del suplicio. (Retíranse todos.)

Escena III

ATILA, ARDARICO.

ARDARICO

Puesta en el polvo la frente

llamando a tu compasión

vengo a implorar el perdón
1530

de una víctima inocente;

pues del crimen la doblez

más a la justicia insulta

cuando en los pliegues se oculta

del manto augusto del juez.
1535

ATILA

No alcanzo por quien tu boca

prorrumpe en gritos de gracia.

Si es por Ildico, tu audacia

se estrella contra una roca.

La muerta ilusión que escondo
1540

abrió abismo tan profundo,

que en él despeñose el mundo

y aún rueda sin hallar fondo.

Mi esperanza hundió en el lodo.

Justo es vengarme. ¡Que muera!
1545

ARDARICO

¿Y si te amase?

ATILA

(Arrebatado por la esperanza.) La diera

mi perdón, mi cetro, todo.

(Con ansiedad creciente.)

Mas ¿es por Ildico amante

por quien tu clemencia imploras?

Responde.

ARDARICO

No.

ATILA

(Con profundo sentimiento.) ¡Cuántas horas
1550

de ansiedad tiene un instante!

¿Qué vida defiendes? Di.

ARDARICO

La de Zercón.

ATILA

¿Mi asesino?

Si no estáis loco, imagino

que haces escarnio de mí.

1555

ARDARICO

No fue tu esclavo el que alzó

su puñal contra tu pecho.

ATILA

¿Quién entonces? (Asombrado.)

ARDARICO

(Aparte.) (¿Aún no han hecho

la señal!)

ATILA

Su nombre.

ARDARICO

Yo.

ATILA

¡Mientes! (Recordando que vio a ZERCÓN herido.)

ARDARICO

¿Qué mano homicida

1560

de esta mano el golpe iguala?

(Adivinando la duda de ATILA y abriendo sus vestiduras para dejarle ver la herida. ATILA la observa.)

ATILA

¡Sí! Me acusa el ay que exhala

la ancha boca de esa herida.

(Brotó en ATILA la primera sospecha de celos.)

¿Tú asesino? ¿Y con qué intento

diste abrigo a tal demencia?

1565

ARDARICO

Por librar una existencia

que es de mi existencia aliento.

ATILA

¿Por Ildico? (Estallando.)

ARDARICO

Sí. A su suerte

mi egida ferrada puse.

Vi a la muerte y me interpuse

1570

entre la vida y la muerte.

ATILA

Cuando la gloria del trono

la artera traición disputa,

vencida la sierpe astuta

la desprecio y la perdono;

1575

mas cuando el crimen de amor

viene a usurparme el dominio,

no me basta el exterminio

de que es un rey poseedor.

Quisiera ser Dios, crear,
1580

y ambas potencias unidas,

matar, para dar cien vidas

y volverlas a quitar.

ARDARICO

¡Calla!

ATILA

(Desenvainando su acero y amenazando a ARDARICO.)

El enojo recibe

que mi indignación destila.
1585

ARDARICO

Ildico es mi madre, Atila.

ATILA

¡Ah! ¡Tu madre! Entonces vive.

(Como asaltado por una idea que le infunde la esperanza de ser amado de ILDICO.)

Di: ¿te ama mucho? (Prosiguiendo en su idea.)

ARDARICO

No alcanza

ningún amor tanto extremo.

ATILA

(Aparte con la mano en el corazón.)

Siento aquí una voz y temo
1590

que pueda ser la esperanza,

pues aprendí por mi daño

que en lucha de amor maldita

cuando una esperanza grita

es que aborta un desengaño.
1595

(Llamando a varios guardias, que se presentan.)

¡Guardias! A este rey traidor

en prisiones custodiad:

dése a Zercón libertad

y muerte lenta al pastor.

A la reina prevenid
1600

que hablarla a solas intento.

(A ARDARICO.) Todo pende de un momento.

ARDARICO
Le espero ansioso.

ATILA

Salid.

(Vanse ARDARICO y los guardias. ATILA no puede dominar su impaciencia.)

Choca el ariete en el muro,

piedras el hierro traspasa,
1605

mas no hay quien rompa la gasa

que nos vela lo futuro.

¡Robárale al tiempo instantes!

(Ve a ILDICO junto a sí; cambia de idea y dice aparte.)

Y ahora clavara sus pies,

pues son recuerdos después
1610

las que esperanzas son antes.

Escena IV

ATILA e ILDICO, al final FLAVIO, dentro.

ATILA
Rozando el borde de tu propia huesa

(Con temor y ansiedad.)

y el vacilante pie sobre ella puesto,

mide mi voz lo que aún callando expresa:

ámame y eres libre. (Pausa.)

ILDICO

Te detesto.

1615

(ATILA al oír a ILDICO reprime su dolor; pero al fin estalla con la pérdida de su última esperanza y dice con lágrimas de desesperación.)

ATILA
¡Y a mí me llaman rey! ¡Cálidas, lentas,

en vano ahogar mis lágrimas ensayo!...

lluvia son que del alma en las tormentas

manda el dolor a preceder al rayo.

Precio al término pon de tanto encono.
1620

Habla; a tu voluntad me rindo inerme.

Para elevarse en tu cariño un trono,

¿qué le exiges a Atila?

ILDICO

Merecerme.

ATILA

Si merecer es signo de victoria,

mira y responde si el laurel no es mío:

1625

(Irguiéndose.)

en pie estoy bajo el peso de la gloria

(Arrodillándose.)

y a tus pies bajo el peso del desvío.

ILDICO

Te engañas; de tu vida en la penumbra

ves coloso al reptil. Aprende, Atila,

que el fuego del amor llama es que alumbra

1630

y tu grandeza es fuego que aniquila.

De ti propio enemigo es tu renombre;

lazos de maldición por él te oprimen.

Yo no aborrezco a Atila por el hombre;

le execro como espíritu del crimen.
1635

ATILA
(Tras breve lucha y decidiéndose por la amenaza.)

Cederás por la fuerza. A mi pujanza

¿qué eres? Átomo vil que el mar azota.

ILDICO
Cuando hasta el cielo el mar sus ondas lanza

se hunde el bajel, pero la arista flota.

ATILA
Yo sé las rocas convertir en llanos.
1640

Ya no imploro tu amor, tu amor exijo.

La vida de Ardarico está en mis manos:

un cetro te vendí, cómprame un hijo.

(ILDICO lanza un grito, mide a ATILA con la mirada y le dice con arrebató frenético.)

ILDICO
Que aún puedo odiarte más dice ese pacto.

No hay fuerza, Atila, que a tu fuerza cuadre.
1645

Hasta mi odio es fecundo a tu contacto;

estéril te le di, le has hecho madre.

(Aparte.) (Es preciso matar.)

ATILA

(Siempre alimentando una esperanza.)

¿Qué me respondes?

ILDICO

Que mi vida vendí por el desprecio;

mas ya que avaro mercader escondes,
1650

la suya doy también. Te doblo el precio.

ATILA

(Conduciéndola a uno de los lados de la tienda para mostrarle el sacrificio de FLAVIO.)

Pues ven y mira. (A los que se suponen fuera.)

¡Empiece el sacrificio!

(A ILDICO.) Sigue de ese pastor la angustia lenta,

finge al ser de tu ser en el suplicio

y amor pronuncia aunque tu labio mienta.
1655

ILDICO

¡Te execro!

ATILA

(Fuera de sí.) ¡Basta!

(A los de fuera.) Que el empuje rudo

del tormento prolongue su agonía.

VOZ DE FLAVIO

César, voy a morir, yo te saludo.

El ay recoge que mi voz te envía.

(Suena el canto del cuervo. Principian en lontananza los gritos de la insurrección, que irán en aumento hasta el fin de la obra.)

ILDICO

(Aparte.) (¡La señal!) (En el colmo de la alegría.)

ATILA

(Mirando afuera.) Mas... ¿do van mis escuadrones?
1660

¿Qué indica ese crujir de los aceros?

ILDICO

Es que arrastran tu púrpura a girones

al compás de tus ayes lastimeros.

ATILA

¡Maldición! Con mi espada rutilante

corro ante la traición a abrirme paso.

1665

Mientras dura del sol el curso errante

es el rey de la luz hasta en su ocaso.

(Blande su espada, pero al esgrimirla cae postrado en el suelo, presa del tósigo. ILDICO le mira insultante y desnuda un puñal que lleva oculto.)

Mas... ¿qué es esto? ¡Mi empuje me abandona!

Circula por mi frente un sudor frío.

Yo no quiero morir sin mi corona,
1670

sin tu amor, sin venganza, en el vacío.

ILDICO

Ya estamos frente a frente: ¡cuál contrasta

con esa postración tu valentía!

¡Muere, fiera, a mis manos! Mas no basta:

prolongar necesito tu agonía.
1675

ATILA

Es tu saña infernal.

ILDICO

No se me oculta,

mas no hay poder que mi furor contenga.

El que pretende herir, si antes no insulta,

asesina, es verdad, mas no se venga.

Mi enojo, Atila, por mi voz te ofrece
1680

ser digno de tu infamia en tal instante.

Contempla este puñal. ¡Cómo estremece

ver un filo sutil y penetrante!

Al mirar que en la diestra se levanta,

al saber que se agita en el vacío,
1685

al apoyar su punta en la garganta,

Atila, ¿no es verdad que sientes frío?

¡Muere!

ATILA

No sin tu amor, ¡ay de mí triste!

ILDICO

¡Cuál del miedo apurar te hago las heces!

¿Pensando que iba a herir te estremeciste?
1690

¡Qué feliz soy! ¡Te mataré dos veces!

(Gritando a los de fuera.)

Aquí todos, llegad, oh mis amigos.

Deponed un instante la fiereza.

Va a sucumbir el crimen: sed testigos

del fragor con que se hunde esta grandeza.
1695

VOZ DE FLAVIO
Cristiano, Atila, soy.

ILDICO
(A FLAVIO.) ¡Valor, hermano!

¡Voy a vengarte, mi puñal lo abona!

VOZ DE FLAVIO
(Estentórea y llena de inspiración.)

¡Detente! Le perdono. Soy cristiano

y no es digno de Dios quien no perdona.

(ILDICO, al oír esta frase, deja caer su puñal, se cubre el rostro con las manos y exclama puesta de rodillas.)

ILDICO
¡Señor! ¿Y yo en mis preces solitarias
1700

te osé invocar? Si redención es llanto,

deja que envuelta en líquidas plegarias

yo me esconda de mí. ¡Me doy espanto!

(Rompiendo a llorar arrepentida.)

ATILA
Ni le debo a tu saña mis despojos,

ni al alcázar de amor abres la puerta.
1705

Al calor que despiden mis enojos

parece que mi espíritu despierta.

ILDICO
¡Perdón!

ATILA
Se inyecta en sangre mi pupila

y en vano en mi impotencia me retuerzo.

(Lucha como un desesperado y logra blandir el puñal que arrojó ILDICO.)

Pero... blandí el puñal... Aún soy Atila;
1710

acúdeme, valor; haz otro esfuerzo.

VOCES
¡Muera Atila!

ILDICO
¡Qué horror!

(ATILA consigue ponerse en pie.)

ATILA
¡Supremo instante!

Ya se dilatan mis dormidos brazos.

Aún podré con mi aliento de gigante

recoger de mi imperio los pedazos.
1715

(Dirigiendo su voz a los de fuera.)

¡Hunos! ¡Valor! El formidable acento
que del orbe en los ámbitos retumba
eco es de infamia que repite el viento
al chocar contra el borde de mi tumba.

Escena V

DICHOS, el SOLDADO 5.º, seguido de varios hunos, que traen prisionero a ARDARICO.

SOLDADO
He aquí a un traidor que libertad buscando
1720

cedió al empuje de mi rudo choque.

El derecho de herirle te demando.

ILDICO
¡Hijo del corazón! (Corriendo a él.)

ATILA
(Con voz atronadora.) Nadie le toque.

SOLDADO
Triunfaron los rebeldes. ¿Qué meditas?

ATILA
Un modo grande de bajar del trono.

1725

(Se acerca a ARDARICO llevando en la mano el puñal que recogió del suelo. Apoya su punta sobre el pecho de aquel y dice mirando a ILDICO.)

¡Toda esperanza a mi pasión le quitas!

¡Me desprecias! ¡Me vengo! Le perdono.

(Echa a ARDARICO en brazos de su madre.)

VOCES

¡Victoria!

SOLDADO

¡Ya se acercan!

ARDARICO

¡Madre mía!

ATILA

(Aparte.) (El fuego extingue en que de enojos ardes.)

VOCES

¡Victoria!

ATILA

(Aparte.) (No prolongues tu agonía.)

1730

VOCES

¡Muera el rey!

SOLDADO

¡Aquí están!

ATILA

(A los conjurados.) ¡Atrás, cobardes!

(La tienda que cubre el fondo cae hecha añicos y deja ver el palacio de ATILA y el burgo presa de las llamas. Mujeres suplicantes, vencidos aherrojados y vencedores en la embriaguez del triunfo completan el cuadro.)

Escena última

DICHOS, ZERCÓN, LOS REYES, CONJURADOS, etc.

ATILA

(Después de haber hecho retroceder a los conjurados con la voz y con la mirada, dice a todos con desprecio:)

No cedo a la traición; el Rey lo jura,

de amor me rindo a la mortal zozobra.

(Dirigiéndose a ILDICO.)

¿Obstáculo es mi vida a tu ventura?

Tómala, te la entrego; a mí me sobra.
1735

(Se hiere y cae en los brazos de ARDARICO y ZERCÓN teniendo a su lado a ILDICO.)

TODOS

¡Ah!

ATILA

Y en el odio que tu horror destila

el cadáver envuelve de tu esposo.

ILDICO

(Llorando.) Tu ayer purificaste: ¡te amo, Atila!

ATILA

¿Que me amas? Muerte, corre. ¡Soy dichoso!

(Poseído de una alegría indescriptible.)

ZERCÓN

¡Perdón!

ATILA

El tuyo.

ARDARICO

Si borrar la huella

1740

del crimen puede el llanto, ve el que vierto.

ATILA

(Imponiéndole silencio, ya agonizante.)

No interrumpáis mi dicha. Pienso en ella.

¡Me ama!... Ya tengo un Dios. (Muere.)

ILDICO

(Pone la mano sobre el corazón de ATILA. Éste da un sacudimiento y queda rígido.)

¡Atila ha muerto!

(Todos se prosternan silenciosos.)

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

